

DEDUCCIONES Y SUPPLICIOS: COMPENDIO
DE CUENTOS DE CORTE DETECTIVESCO
Y DE MISTERIO

52773

JUAN CARLOS SANTOS RIVERA

52773

UNIVERSITY OF PUERTO RICO

SAFETY CAMPUS

52773

MAY 2 1967

Universidad de Puerto Rico en Cayey
Programa de Estudios de Honor
Cayey, Puerto Rico

Tesina sometida en cumplimiento parcial de los requisitos
para el Certificado del Programa de Estudios de Honor

Deducciones y Suplicios: Compendio de cuentos de corte detectivesco y de misterio



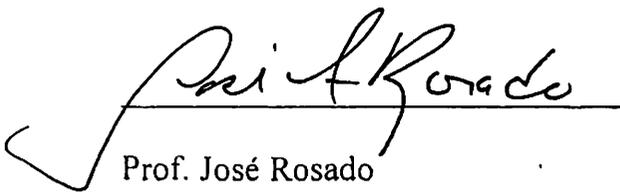
Por;
Jean Carlos Santos Rivera
29 de noviembre de 2006

CPR
PQ
7442
.5259
D35x
c.1

1124466

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO EN CAYEY
PROGRAMA DE ESTUDIOS DE HONOR

Aprobada por:


Prof. José Rosado

Consejero de Tesis
Departamento de Estudios Hispánicos


Fecha

Prof. Luz Salinas

Directora Programa de Estudios de Honor

Fecha

TABLA DE CONTENIDO

Abstract / Resumen	i
Declaración de Derecho de Autor	ii
Dedicatoria	iii
Agradecimientos	iv
Introducción	vi
Epígrafes	xii
Preludio	1
El Abogado ¹	2
Anything Goes ²	7
Billetes ³	12
El Ciervo ⁴	18
The Assailant	24
Por Su Bien	42
El Hombre que lo dijo todo y la Mujer que lo escuchó	49
Adrián Baron	59
Referencias	73

¹ Otra versión fue publicada en la Revista del Círculo Literario, *Tinta Nueva*, año V, núm. 1, 2006.

² Premiado con el Segundo lugar en cuento, en el Certamen Literario de la Semana de la Lengua. Departamento de Estudios Hispánicos, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Cayey, 2006.

³ Otra versión fue publicada en la Revista del Círculo Literario, *Tinta Nueva*, año V, núm. 1, 2006.

⁴ Premiado con el Primer lugar en cuento, en el Certamen Literario de la Semana de la Lengua. Departamento de Estudios Hispánicos, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Cayey, 2007.

Abstract

The main purpose of this Honors thesis is to present a collection of short stories that possess the characteristics and are developed under the mystery and detective fiction genre. This genre was chosen due to the freedom and versatility of stories that can be written under it. Professor José Rosado, expert in the genre and experienced editor, collaborated in the realization of this creative project.

This collection includes revised versions of works published before either in the Literary Circle's journal, *Tinta Nueva* or in the Honors Program's journal, *Kalós*. Unpublished work is also part of the collection. All the stories were revised during the spring semester of January through May 2007.

Resumen

El objetivo primordial de esta Tesina es presentar un compendio de cuentos que se desarrollan y poseen las características del género de misterio y policial/detectivesco. El género se escogió por la libertad y versatilidad de cuentos que pueden crearse dentro de éste. El profesor José Rosado, experto en el género y de vasta experiencia como editor, colaboró en la realización de este proyecto creativo.

Esta colección incluye versiones revisadas de cuentos ya publicados, tanto en la Revista del Círculo Literario, *Tinta Nueva* como en la revista del Programa de Estudios de Honor, *Kalós*. A su vez, otros de los relatos son inéditos. Todos los cuentos fueron revisados durante el semestre de enero a mayo de 2007.

Declaración de Derecho de Autor

Yo, Jean Carlos Santos Rivera, certifico que la tesina de honor titulada, *Deducciones y Suplicios: Compendio de cuentos de corte detectivesco y de misterio*, la cual presenté como requisito para completar los créditos del Programa de Estudios de Honor, es el producto de mi labor creativa e investigativa. Así mismo doy fe que este trabajo es uno original e inédito, por lo tanto, se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin autorización escrita del autor.

A mis amados padres: Jim y Cuca

... Aquí está el sueño de su Milagro

A Juano

... ¿Cuál de ellos filmaremos próximamente?

A mis hermanas,

... Gracias por idolatrar todo lo que escribo

A Gloria

... Tus fuerzas vencieron mis frustraciones

Agradecimientos

Si esta es la única oportunidad de que se lea mi obra, aun así te agradezco Dios por brindármela.

Profesor José Rosado, le agradezco el no negar a embarcarse en un proyecto creativo y por las múltiples lecturas y revisiones. Profesora Janette Becerra, no hay manera de compensarla por los talleres del Círculo Literario y por la oportunidad de publicar mi trabajo. Ambos me ayudaron a confiar en mi trabajo. Sus consejos, ayuda y confianza le han dado esperanzas a este aspirante a escritor.

Mi familia provocó mi amor por las letras y la narrativa. Les dedico este trabajo ya que nunca han dejado de apoyarme. Abuela, gracias por criarme. Dicen que hiciste un excelente trabajo. Gabriela Ilalis, no leas los cuentos de tío hasta que tengas trece, o mejor espera a que escriba unos para ti.

Gloria, aquí están las horas que se suponían fueran para ti. Ellos son los culpables, no yo.

Le agradezco a mis amistades por ayudarme en todo momento. Crearon el tan necesario balance entre la penosa responsabilidad y el exquisito ocio. William Ferrán, mi hermano, amigo igual a ti no existe. Edda y Yiselly, que mucho hemos gozado y nos hemos reído. Paloma y Ana, las quiero mucho, atesoro su amistad; volví a estar en orbita. Judith, espero que algún día seas mi editora oficial. Mis compañeros del ProEsH, en especial a Normaris, Karina, Erika, Landy, Roberto, Zayra, Limariel, Arelis y Emmanuel. A los miembros del Cuerpo de Artes Teatrales debo confesarles que fueron mi terapia. Gritándoles y dirigiéndolos liberaban mi tensión. Todos me han dado material para

escribir millones de historias y contando. Tranquilos, los nombres serán falsos. Gracias a Dios por todos ustedes.

Les agradezco a las personas que permitieron y apoyaron este esfuerzo creativo, la profesora Luz Salinas y a la profesora Blanca Borges.

Carmen, gracias por pedirme almuerzo, regañarme, escucharme, encubrirme, etcétera, por ende eres como mi segunda madre.

A mi estimada jefa, la profesora Rosa V. Rosario, su humildad y dedicación es ejemplar. Gracias por proveerme de herramientas y conocimiento adicional para mi vida. Tengo que estar eternamente agradecido de usted.

A cualquier estudiante pensando en hacer un proyecto creativo por Tesina, dale no lo dudes, pero sabes que tienes que someterle al *IRB*, porque experimentarás contigo mismo.

Por último, mis más sinceros respetos a la literatura, la música, el cine, la televisión y la Apple; sin ustedes este proyecto nunca se hubiera realizado. *Where do we go from here?*

Introducción

Desde hace varios años el género detectivesco/policial y de misterio ha monopolizado mis gustos literarios y en otros medios de entretenimiento. Las tramas de asesinatos, robos, drogas, entre otros, son casuales en este género, el cual pudiera decirse que explora el lado oscuro del corazón y la mente. Tuve la oportunidad de realizar un Estudio Independiente que constó de la revisión de obras importantes del género detectivesco/policial y de misterio. Las obras leídas pertenecían a autores ingleses, estadounidenses, latinoamericanos y en especial puertorriqueños.

Este género puede catalogarse como joven, pues los críticos citan al cuento de Edgar Allan Poe “The Murders in Rue Morgue” (1841), como el precursor. Poe desarrolló más cuentos en este género, entre ellos la trilogía de C. Auguste Dupin y el cuento “Thou Art the Man”.

Otro precursor del género lo fue Sir Arthur Conan Doyle. Doyle publicó en el 1887 la novela “A Study in Scarlet”, en la cual crea a su famoso detective Sherlock Holmes. La mayor aportación de Doyle puede radicar en el hecho de que continúa cultivando y desarrollando el género a lo largo de su vida, siendo Holmes el principal detective de sus historias.

Durante sus comienzos y evolución, el género tenía popularidad, pero era catalogado como de entretenimiento, o literatura de “escapismo” por muchos de los críticos literarios. Una autora importante en la lucha para que el género adquiriera más respeto lo es Agatha Cristhie, británica, la cual creó al detective Poirot y a la enigmática Miss Marple.

busca de evidencias para resolver el misterio. Otra diferencia de esta vertiente a la novela enigma es que al detective resolver el caso, el orden de la sociedad no es restaurado. La *novela negra* tiene una presencia más activa entre escritores estadounidenses.

El género viaja a Latinoamérica donde fue cultivado. Jorge Luis Borges puede mencionarse como la figura principal del género en Latinoamérica. Los cuentos “El jardín de los senderos que se bifurcan” (1941) y “La muerte y la brújula” (1944), sirven de homenaje a los relatos de Poe, pero a su vez presentan la evolución del género y en parte pauta cómo los autores de América Latina explorarán el género.

El género sigue su viaje hasta que llega a nuestras costas. Entre los escritores puertorriqueños que han desarrollado el género detectivesco lo están Ana Lydia Vega, con su compendio de cuentos *Pasión de Historia* (1987), Arturo Echavarría, con su novela *Como el aire de abril* (1994) y José Curet, con su novela *Crimen en la calle Tetuán* (1996). En estas historias se aprecia la evolución del detective. Ya no es requerido que el personaje sea detective de profesión, sino que bien puede ser una persona normal, que las circunstancias de la historia le proveen, motivan y fuerzan a adquirir las características de un detective, para sobrevivir y descifrar el misterio.

Debo mencionar que el escritor puertorriqueño que más me impactó lo fue Wilfredo Matos Cintrón. La obra de este autor presenta una sociedad puertorriqueña, que aunque es creación ficticia del autor es tan verosímil que alcanza a engañar al lector. Influenciado por la novela negra, Matos Cintrón relata historias que nada deben envidiarle a los grandes íconos del género. Entre sus novelas están: *El cerro de los buitres* (1984), *El cuerpo bajo el puente* (1989) y *Desamores* (2001).

La *juventud* del género detectivesco puede llevarnos a pensar que esta literatura ofrece un extenso campo por explorar y desarrollarse. Entiendo que el género provee una libertad al escritor ya que, como visto en las obras estudiadas durante el Estudio Independiente, puede compaginarse con otros géneros tan diversos como el drama o la ciencia ficción, como también explorar ideas y teorías que van de lo psicológico a lo político.

A través de los años transcurridos en la Universidad la pasión por la escritura y el crear historias enigmáticas y retadoras para el lector ha crecido en mí. Así que ideé la manera de hacer de mi tesina un proyecto creativo, en el cual pudiera desarrollar mis habilidades como cuentista. Me atrajo el género por diversas razones, pero entiendo que la principal lo fue que esta literatura busca la participación activa del lector, al punto que puede darse el caso que el detective de la historia lo sea el propio lector.

Cuando tomé la decisión de hacer un proyecto creativo por tesina pensé que tendría oposición. Quizás no sea visto con buenos ojos que un estudiante 'viva del cuento' cuando se refiere a algo tan importante como una investigación. Gracias a muchas personas el camino ha sido llevadero y el esfuerzo a rendido fruto.

Desearía explicar cómo se produce la chispa que enciende mi mente para idear estos relatos, pero no logro formularlo en palabras. Una canción, novela, película, foto, noticia o conversación pueden estimularme para hilar varios sucesos hasta agruparlos en un todo y crear un relato breve; un cuento.

Los cuentos aquí recopilados son el producto de largas horas buscando cómo crear las situaciones, formar y 'bautizar' a los personajes, expresar los diálogos y de mantener una coherencia y verosimilitud. El que pasaría antes, durante y después en las

historias era un misterio que debía descifrar. Aunque por las reglas un cuentista debe tener planificado el final de la historia, incluso antes que el comienzo, existen ocasiones en que la práctica se distancia de la teoría. Cada vez que quebrantaba la Ley de Chejov, pagaba mi suplicio, pero luego de cumplir la sentencia esos cabos difíciles de atar lograban unirse y el cuento prosperaba.

No niego que a veces el cuento parece estar cerca de tu oído dictándose él mismo, pero en otras ocasiones hay que vestirse de detective; indagar las pruebas, preguntar dónde el relato fue visto por última vez e ir en persecución hasta atraparlo.

A primera instancia algunos de los cuentos quizás no parezcan de misterio o detectivescos. Es con el estudio a fondo que se devela que dentro de cada relato se encierran características propias del género, tal vez explícitas, otras escondidas y liberadas a través del análisis.

Estos cuentos funcionan como rompecabezas. El lector funge como detective de cada historia al ir uniendo las piezas a la vez que disfruta del relato. Tal vez el rompecabezas parezca incompleto, es aquí en que con toda premeditación se le otorga espacio al espectador para que juegue en su mente con las historias al punto que ellas reten su habilidad de deducción.

Varios cuentos buscan tener esa esencia de escena común en las obras detectivescas, por ejemplo las confrontaciones entre la *femme fatale* y el rudo detective, en la que ambos en parte están enamorados, pero la avaricia y la desconfianza no les permiten unirse más allá de lo sexual.

Estos relatos son como una foto, uno se concentra principalmente en el primer plano, donde se ven los personajes, pero si se estudia el fondo puede ser que se encuentren respuestas a varias incógnitas que surjan con respecto a esta obra en general.

Es importante mencionar, esta obra es un trabajo de ficción. Nombres, lugares e incidentes son usados de forma ficticia o son producto de la imaginación del autor.

“... we're into Plan B. Still breathing?

*Now we gotta make the best of it, improvise,
adapt to the environment, Darwin, shit happens,
I Ching, whatever man, we gotta roll with it.”*

– Vincent, “Collateral”, 2004

“You don't make up for your sins in church.

You do it in the streets...”

– “Mean Streets”, 1973

Preludio

Salí de la Universidad. Llovía a cantaros. Ningún teléfono o celular servía. Incomunicado y pero aun, a pie. De vuelta a la *Edad de Piedra*. Vivo lejos y no tengo dinero para el taxi. Mi única esperanza es caminar por donde sé que mi madre tiene que pasar, a ver si me ve. Mi sombrilla esta rotá y yo empapado caminando hacia el pueblo.

Me detengo frente a la escuela intermedia. Se supone que mis hermanas estén allí en la banda escolar. Me entero que por la lluvia cancelaron el ensayo y mami se las llevó. Estoy sólo aguareciéndome frente a una tienda de telas. Varios autos pasan y bañan mis pies con los ríos de las cunetas.

Un extraño auto se detiene frente a mi y abre la puerta. ¿Un buen samaritano o un loco? Suena la bocina para que me apure y me monte. Miro quién es, una cara conocida, pero no vista en varios años. La necesidad me urge y entro al vehículo. Lo saludo y comenzamos a hablar de la vida.

Me entero que está trabajando en un motel. Se queja de su jefe, pero admite la necesidad del empleo. Por seguir la conversación le pregunto que si ha visto cosas raras. Sin apartar los ojos del camino respondió que sí.

El Abogado

– ¿Cómo que se suicidó? – le digo mientras me rasco la extensión de mi frente poblada por escasos cabellos. Trato de organizar mis pensamientos y de dejar la manía de mirar el cuerpo tendido en la cama. Creo que por delicadeza él cubrió el cuerpo desnudo antes de que yo entrara. El aire acondicionado no ayuda en nada a calmar los vellos asustados de mis brazos. Llevo aquí menos de dos minutos y ya me siento cómplice.

La única prueba de que entré a trabajar es un insulto de mi jefe. Apenas me siento en el viejo sofá de la oficina llaman de una cabaña para pedir algunas cervezas. Luego de entregarlas, sale de la cabaña de al lado este tipo que supongo sea abogado y me llama con un silbido casi mudo. Al ir dónde él me dijo que tenía un problema con el jacuzzi.

– Fui al baño y cuando volví ella tenía un cuchillo en la mano y lo apretaba a su garganta ... – me dice él mientras revive en su rostro cada expresión, tanto de ella como propia.

Me rogó que entrara. Le dije que era mejor si llamaba al gerente, pues él lo podía cambiar a otra cabaña. Me indicó que no quería usar el jacuzzi, sólo quería cerrar la llave del agua y no podía, parece que se atascó. Problema menor, me iba a mojar un poco la camisa, nada más. No había por qué llamar al gerente, me convenció.

Casi salgo corriendo y tirando puños al aire de regreso a la salida cuando vi ese cuerpo semidesnudo sobre unas sabanas que había cambiado hace tres horas. Eran cremas

cuando vestí la cama, ahora, no sé si es por la ambientación del cuarto, son negras. ¿Tanta sangre llevamos dentro? Lo miré casi preparado para agredirlo y le reclamé una explicación.

Su cabeza se menea en negación mientras me responde – Se suicidó –

– ¿Se cortó el cuello así porque sí? – pregunta mi incredulidad.

– Se cortó el cuello luego de que discutimos – me responde mientras contiene con la mano su mucosidad, producto del llanto.

– Coño – le robo las palabras de su boca – ¿Quién es ella? – le pregunto mientras me acerco a investigar la escena.

– ¿Vio la patrulla que está afuera? – me pregunta y creo que quiere cambiar de tema.

– ¿Ella es su secretaria o esposa? – le pregunto mirándolo a los ojos.

– No, ella es una rea... una presa. – me aclara suponiendo que por el trabajo que tengo mi vocabulario no es muy rico – Yo vine en esa patrulla, con ella y un oficial. –

– ¿Usted es su abogado? – le pregunto señalando a la muchacha que no debe tener más de 25 años. ¿Tan joven y ya presa? Sea la madre...

– No. Soy un cliente. – informa antes de perder un poco el control y tirarse al piso arrodillado y con sus manos como bastiones apoyando su cabeza.

Lo veo ahí desprevenido y me dan ganas de golpearlo, dejarlo inconsciente y buscar al oficial, que seguramente debía estar dividiendo el dinero *fifty-fifty* con el gerente. “Tu provees la chica, yo me encargo del lugar. Los clientes van a venir sin tener

que llamarlos”, debe ser su acuerdo. Ya sabía que ese gordo estaba metido en cosas nebulosas. Desisto de la idea de agredirlo, pues sus gritos me hacen creer el cuento.

– Y... ¿por qué me llamó? ¡Yo no le voy a ayudar en nada! – le digo señalándolo aunque no me está mirando – Y si hay chavos... soy caro. –

Él levanta su vista y creo que me sonrío por un instante antes de levantarse y rebuscar en sus bolsillos.

– Lo único que necesito es que vigile que nadie me vea cuando salga. –

Me imparte las direcciones un poco más calmado, pero aún con lágrimas en sus ojos. Acierto con la cabeza mientras él coloca lo que se siente como un mazo de billetes en un bolsillo de mi pantalón.

– Solo era una rea – nos digo a ambos para justificar el ocultarlo – Y ella misma se mató. – respiro pausadamente mientras aprieto mis muslos.

Cruzo la puerta. Espero a que mis ojos se acostumbren a la oscuridad antes de dar otro paso. Observo con cautela mi alrededor. Un lugar con tanta gente, ¿y nadie escuchó nada de lo que pasó en esa cabaña? No los culpo, creo que confundieron los gritos del hombre por alguien teniendo un gran orgasmo.

Trato de localizar al oficial, pero no lo encuentro. Me cercioro sobre lo que me rodea y al ver que todo parece apacible ondeo mi brazo para que él infeliz salga de la cabaña. Ni gracias me da, o cree que ya me las dio junto con el dinero, cuando pasa por mi lado y se arrodilla junto a la puerta del conductor de la patrulla. Me indica con el pulgar que todo está bien y le respondo meneando la cabeza. Mantiene la señal por unos instantes y veo como la luna o algún poste cercano destella en lo que creo es una sortija en algún dedo de su otra mano.

Justo cuando veo que el oficial sale de la oficina del gerente corro de vuelta al lugar del suicidio y cierro un poco la puerta, lo necesario para observar lo que ocurre afuera sin que me noten. Cuando él oficial saca las llaves del bolsillo recuerdo que no hemos quedado en nada sobre quién va a limpiar el desorden. Si quieren que yo lo haga me deben pagar extra o incluso incluirme de socio en el negocio. Creo que no será un escándalo decirle lo que pasó al oficial, ya mismo lo va a saber, así que salgo con confianza y lo llamo.

– ¡Policía! La puta se mató – le digo mientras camino ligera y confiadamente hacia él.

– ¿Qué? – me preguntan él y el gerente. En sus rostros se nota que están molestos por interrumpirles su conversación – ¿Qué putada hablas? –

– La habitación está hecha un desorden. ¡Gordo, vas a tener que comprar una cama nueva! – confiadamente prosigo mi ruta hacia ellos.

De algún lado escucho a alguien mandándome a callar. Me detengo abruptamente cuando el policía saca su arma. No sé si cerré los ojos, pero no registro nada visual del momento. Juro que tampoco escuché algo. El único ruido que hubo fue el de los cuerpos desplomándose. No era un anillo lo que el “abogado” tenía en su otra mano.

Perplejo espero el silencio que haga que yo también me desplome, pero no llega. Vuelvo en mí y luego de dar gracias al Dios contra el que aquí pecan miro la obra de mi error. El rastro que queda de la patrulla es una pequeña mancha de aceite en el suelo.

Vuelvo a la habitación y destapo a la muerta. Sólo había visto de ella su cuello y la mirada desesperada. Luego de atestiguar todo lo que pasó no me sorprende al

descubrir que sus manos están atadas. Recorro el cuarto y el baño. Me cercioro de no tocar nada.

Saco un pañuelo del bolsillo de mi camisa y abro la cerradura de la puerta que da al garaje. El maldito sí sabe mentir. Veo estacionado en este pequeño espacio un carro que sí le debe pertenecer al miembro de un bufete. Al encender la luz del garaje, con las debidas precauciones, casi me desmayo al observar que el conductor comparte la misma marca en la frente que tienen el oficial y mi difunto jefe. Mirándolo par de veces más corroboro que sí, sí he visto a este hombre en las noticias y en los periódicos.

Por alguna razón mantengo el rostro en una expresión de sonrisa y luego de un rato salgo de este lugar más por aire fresco que por miedo. No voy a preguntarme por qué me dejó vivir a mí o que diablos ocurrió aquí. No sé si lo planificó de antemano o es cosa del destino, pero tiene, y tengo, suerte de que aquí no haya un ponchador para saber a que hora entran los empleados. Creo que él, dondequiera que esté sabe lo que voy a hacer. Yo me iré a contar el dinero que está en mi bolsillo y dentro de dos horas entraré a trabajar y me encontraré con esta masacre.

Anything Goes

“If you can keep a secret, I can keep a secret
 (She said she loved me)
 If you can keep a secret
 Well baby I can keep, if you can keep a secret”

- “Midnight Show”, The Killers

El semáforo estaba en verde cuando el auto se detuvo. El sedán compacto se estremeció varias veces antes de que la puerta del conductor se abriera. El muchacho se bajó del auto molesto y de prisa. Actuó como que golpearía el cristal de la puerta del pasajero de atrás, pero detuvo el puño a solo centímetros. Parte de la polo que llevaba puesta estaba afuera, la otra dentro del pantalón. Gracias al *gel*, lo único que no estaba agitado era su tieso pelo. Golpeó el techo del auto y gritó:

– Edwin, hijo de... ¡bájate! – de adentro del automóvil provinieron las carcajadas alcoholizadas de una mujer.

– Loco cálmate. – dijo Edwin riéndose – Cógelo suave mano. – dijo acercándose a la ventana para ver qué hacía su compañero.

El semáforo cambió a rojo. Miguel caminaba de un lado a otro tratando de contener su furor. Ya era demasiado tarde, lo que quería era acostarse a dormir. Había disfrutado la noche hasta ese momento. Se acercó de nuevo al auto y entró por la puerta del conductor. Apagó el motor, tomó las llaves y volvió a salir.

– ¿Pa’ dónde vas? – preguntó Edwin.

Miguel volvió a caminar de lado a lado. El rostro de Edwin estaba vigilante, cubriéndose detrás del escudo de cristal. Hizo como que iba a salir del auto, pero dudó.

– Mano, esto es por fastidiar, pa’ vacilar. No lo tomes en serio. – para probar su ebriedad Edwin comenzó a reírse.

Miguel estaba de espaldas al vehículo con sus manos puestas en su cintura. Apestaba a cigarrillo, alcohol y a distintos perfumes. Trataba de controlar su temperamento, pero cada vez que escuchaba el tono ebrio de su amigo deseaba golpearlo. Cabizbajo pensó en lo que estaba pasando.

– Migue', me voy a bajar, pero no me hagas na'. – pidió Edwin mientras abría la puerta.

– No prometo nada. –

La puerta se abrió poco a poco y Edwin fue saliendo. Tenía puesta una camisa azul de manga larga desabotonada, con las mangas enrolladas hasta los codos. Antes de bajarse se subió su pantalón y ya afuera lo abotonó, subió su cremallera y ajustó un poco la correa.

– Ya, guardé el arma. – dijo alzando las manos y colocándolas detrás de la cabeza.

Miguel lo miró por encima del hombro. Sin pensarlo dos veces se volteó y le propinó un puño en el estómago. Edwin cayó al piso y golpeó su cabeza contra la puerta del auto.

– Ñeta, Migue. ¡Canto 'e cabrón! – Edwin se estaba sobando más sus nalgas que su cabeza.

Estaba sentado en el piso. Se apoyó y trató de levantarse, pero los tragos afectaron su equilibrio. Se inclinó hacia adelante y colocó su cabeza entre sus piernas. Con sus manos comenzó a tantear su cabeza buscando el golpe para acariciarlo. La culpa no era completamente suya, Miguel lo había invitado a salir. Aceptaba que había hecho pares de cosas sin pedir permiso, pero se merecía tener una buena noche.

La puerta se abrió de repente y lo golpeó. Edwin cayó acostado en el suelo y rodó para evitar que el vómito de la muchacha le cayera encima. Vomitaba cómo si tuviera una manguera en su boca. De seguro el panel de la puerta estaría manchado con vómito; Miguel lo obligaría a limpiarlo. Lo único que pudo hacer fue echarse a reír. Se levantó despacio. Separó sus piernas para crear balance y apoyó un brazo en Miguel.

– Eso lo limpias tú. – ordenó Miguel.

– Ya lo sé. – afirmó el ebrio.

La muchacha siguió vomitando y cuando terminó comenzó a reírse. Edwin la acompañó. Miguel se rió pero de lo molesto que estaba. Había querido que su amigo saliera y despejara la mente; reía de lo que había logrado.

– ¡Olga! – gritó Edwin.

– ¿Qué? – gritó ella luego de limpiarse los labios con su brazo.

– ¡Hoy es *Mardi Gras*! – anunció Edwin con toda su voz.

Olga instantáneamente alzó su blusa y mostró sus senos. Edwin aplaudió y aulló cuando ella comenzó a batir sus senos de lado a lado y de arriba a abajo. Los senos eran atractivos y jóvenes, pero las borrachas no eran el tipo de Miguel. Como si algo la hubiera golpeado la muchacha cayó hacia atrás y quedó acostada en el asiento trasero. Edwin comenzó a bajarse el *zipper* y a caminar hacia el auto. Miguel lo agarró por el cuello de la camisa. Al verse detenido Edwin se sintió liviano y comenzó a actuar como si fuera un títere, moviendo sus relajadas extremidades de lado a lado. Miguel empujó a Edwin al carril contrario.

– Nunca pensé que te atreverías a hacer algo así. –

Edwin no cayó al suelo. Cuando recuperó el balance caminó despacio señalando a su amigo.

– Dijiste que esta noche era pa' que olvide a Norma. – le recordó a Miguel – Esa es la única forma en la que la puedo olvidar. –

– ¿Así? ¿Metiéndoselo a una pobre pendeja que drogaste? –

– No te hagas el santo. Bastante hijuela que eres. –

– Lo sé. No soy ningún santo, ¡pero no ves la cara de nena que tiene! ¡Diecisiete, máximo! – Miguel casi golpea el techo del auto, pero recordó que era suyo.

Olga comenzó a gemir y su rostro apareció de nuevo por la puerta. Olga trataba de erguirse, pero desistió y se acostó rendida boca abajo con la cabeza fuera del vehículo. Miguel se acercó a ella, procurando no pisar el charco de vómito, y delicadamente le levantó su rostro. Un hilo de saliva caía de su boca hasta llegar a la brea. Sus ojos reflejaban un estado de éxtasis provocado.

– Norma nunca me dio na'. Ahí hay un canto, ¡y que canto!, esperándome. Déjame. No me importa como está. –

Edwin comenzó a llorar. Maldecía y narraba la historia de su vida amorosa mientras secaba sus lágrimas. Miguel atestiguaba su sufrimiento sin ningún cambio de actitud.

– Voy a llevar a esa muchacha a casa para que duerma y mañana le contaré lo hijuela que eres. –

– No me digas que no quieres na' con ella. Pato te digo. – respondió Edwin mostrando furia en sus soñolientos ojos.

Miguel sólo pudo sonreír. Dio la vuelta y fue caminando hacia el auto. Con cuidado, cerró la puerta del pasajero y se montó detrás del volante. Encendió el auto y cerró su puerta. Saludó a Edwin quién estaba perplejo e inmóvil. La luz estaba en rojo, pero por la hora que era él no tenía que respetarla. El auto comenzó su marcha.

– ¡Miguel! ¡No te hagas el moral ahora! ¡Sé cosas tuyas también! –

El auto se movía, pero no aceleraba. Miguel miró a la chica en el asiento trasero. La blusa blanca tenía rastros de lo que había comido y bebido durante el día. El maquillaje era un desastroso reguero en su cara. Roncaba levemente.

Su amigo se podía ver por el retrovisor. El muy bobo estaba buscando su celular. ¿A quién iba a llamar? Miguel detuvo el auto. También había bebido y bebería más al llegar a su casa. Necesitaba olvidar varias cosas y liberar el *stress*. Necesitaba compañía por un rato. Las borrachas no eran su tipo, pero a esas horas de la noche los estándares bajan. Abrió la puerta y llamó pitando a su *partner* de juerga. La luz cambió a verde.

Billetes

“Money it's a crime
Share it fairly but don't take a slice of my pie
Money so they say
Is the root of all evil today
But if you ask for a raise it's no surprise that they're
giving none away”

- “Money”, Pink Floyd

Miró su reloj y al ver que todavía era temprano se entretuvo un poco más viendo las revistas expuestas en el anaquel de la farmacia. La mayoría de las portadas estaban adornadas con caras de artistas que no conocía. Tomó una en sus manos y hojeó las primeras páginas. No quería recibir el mismo regaño que habían recibido unas muchachas:

“¡Esto no es una biblioteca!” – les había gritado el señor que cobraba.

Las niñas la hojearon hasta que el *Don* hizo agujajes de levantarse.

Tomó una revista de hombres, cuya portada presentaba el perfecto cuerpo de una de las más recientes *bombshells* de Hollywood.

Antes de llegar a la caja tomó un chocolate y una bolsa de muñequitos de plástico de vaqueros e indios. Esto último lo hizo por nostalgia. Le enseñaría a su sobrino el placer de jugar con esas minúsculas figuras de acción. Mientras pagaba miró su reloj y supo que aún andaba temprano para el compromiso. Si llegaba primero al sitio de encuentro se sentaría y leería. No iba a desperdiciar más tiempo en esa pequeña farmacia que ahora conocía perfectamente.

Cubrió sus ojos con unas gafas que abarcaban desde sus cejas hasta sus pómulos. Vestía una camisa gris y mahones. La bandera de su país se desplegaba con orgullo en el estampado de la camisa. Sacó las llaves de su carro, que había estacionado frente a la

farmacia, y desactivó la alarma. Tiró el juguete al asiento de atrás. El chocolate ni lo había pagado, estaba en el bolsillo de su pantalón. Decidió caminar, si se iba en auto dudaba encontrar otro estacionamiento. Tantos autos estacionados, pero el pueblo parecía fantasma. La revista se la llevó debajo del brazo. Caminó por las calles casi desiertas.

Se detuvo frente a un anciano que vendía billetes de lotería. El anciano le recordó a alguien de quien prefería no acordarse. El primer dólar que había tenido en su vida se lo había dado alguien con el mismo aspecto de aquel billetero.

– ¿Cómo le va el día? – preguntó con confianza mientras estudiaba los números para esa semana.

– Todo bien, gracias a Dios y a la Virgen. – respondió, pero en su semblante se podía leer, *por lo menos tengo pa' comer.*

– ¿Qué numerito me recomienda? –

El anciano vio la esperanza de conversación y se puso de pie para estudiar junto al jugador los billetes. Conversaron por varios minutos sobre cuantas veces se habían pegado y de los “por poco”.

Estaba loco por salir de eso. Alex había llegado media hora antes de lo acordado. Odiaba la ansiedad de la espera. Agitaba la muñeca y leía su reloj constantemente cómo si así pudiera hacer correr más rápido al segundero.

La sombra de un árbol impedía la molestia del sol. No se había sentado en el banco al lado del tronco por temor a que las palomas lo ensuciaran. Además su pantalón

crema podía mancharse si se sentaba allí. Desabotonó las mangas de su camisa de seda y las enrolló hasta el codo.

A lo lejos pudo ver la figura de un hombre vestido con camisa gris caminando pausadamente. Supo que era a quien esperaba. Sonrió cuando vio que el hombre llevaba algo bajo su brazo. Alex no quería parecer desesperado, pero daba un paso largo cada cierto tiempo para que disminuyera la distancia que los separaba.

Estrechó la mano mucho antes de que estuvieran cerca y cuando el hombre aceptó el gesto Alex lo haló a la sombra del árbol.

– ¿Tienes lo mío? – preguntó impaciente. Alex puso sus manos en los bolsillos de su pantalón para disimular el temblor.

– Buenas tardes. ¿Cómo está la familia?... ¡Ah, qué bien! – dijo el hombre sarcásticamente – Antes dime, ¿por qué pediste tan poco?

– No te importa. Dámelo, seguimos nuestro camino y ni nos conocemos. – dijo Alex acercándose un poco a la defensiva.

– Te iba a dar un poquito más. Le sacamos más de lo que creíamos a ese cubano. Con lo que viste cualquiera pensaría que su negocio no hace mucho, pero tenía billetes que ni botándolos – la mirada del hombre estudiaba su alrededor – Y fue bien fácil. Hasta le conseguí el anillo de compromiso a mi novia. Ella quedó encantada.

– Les dije que fueran un jueves, le hubieran sacado más si hubieran ido un jueves.

–

– Nos *sugeriste* ir un jueves. No soy pendaña. Va y trabajas pa' los azules. –

– Dame lo mío. –

– ¿Sabes que cuando te enfadas te cambia el acento? No viviste mucho allá, pero se te pegó algo.

Él hombre tomó la revista aprisionada por su brazo y la comenzó a hojearla. Alex se mantuvo tranquilo pensando que su botín estaba entre las paginas de la revista. Miró de lado a lado y no vio a nadie. La revista seguía siendo el centro de atención del hombre cuando Alex lo volvió a mirar.

– Tengo to' el día. – informó el hombre.

– ¿Qué quieres saber? –

– ¿Por qué nos diste la *info* pa' asaltar al cubano? ¿Por qué, después de todo, pides tan poco? – preguntó.

– Pedí esa cantidad porque es lo que necesito. No quiero más. Tengo que resolver algo, eso es lo que necesito. Ya robé, no quiero pedir perdón por más de un pecado. – un crucifijo en oro de considerable tamaño colgaba del cuello de Alex.

El hombre se mantuvo pensativo. Una pequeña sonrisa se fue dibujando en su rostro, tanto por asombro como por la gracia que le causó lo dicho por Alex.

– Fue fácil robarle a ese viejo. Quizá lo hagamos de nuevo. Dentro de par de meses o el año que viene. Hay que darle tiempo pa' que se recupere del golpe. – dijo mientras le daba la revista a Alex.

– No se atrevan. Si lo hacen se las van a ver. –

– Otra vez se te nota ese acento que corre en la familia. ¿Nos choteas si lo hacemos de nuevo? Ya quiero verte explicando cómo supiste que fuimos nosotros. –

El silencio dio paso a un diálogo de miradas por varios segundos. El hombre de la camisa gris soltaba suspiros dejando saber que esperaba otra respuesta a su incógnita.

– Bueno... en cuanto a la miseria que te toca, espérame cinco minutos aquí y vuelvo con ellos. –

Alex se disgustó, pero no lo reflejó. Cinco minutos no eran tanto, además había sido mala de él llegar temprano. Asintió y dejó que el hombre se alejara por el mismo camino por el que había llegado.

– Entretanto mientras tanto. – dijo el hombre arrojándole la revista.

Comenzó a sonreírse con el billeteo mucho antes de acercarse a los números.

– Tan pronto de vuelta. – comentó el billeteo.

– Ya me decidí. – dijo el hombre de camisa gris con las manos en sus bolsillos.

Bajó sus lentes y miró bien cada uno de los números.

– ¿Cuál le gusta más? – le preguntó al anciano.

El billeteo se levantó de su asiento, se viró al estante dónde estaban desplegados los números que por un dólar le darían una fortuna a cualquiera. Estudió cada dígito y rascaba su nariz cuando veía una buena combinación. Tomó uno en su mano, pero al ver que terminaba en 6 lo descartó.

– Este se ve bastante bien. – dijo el billeteo tomando el número en sus manos y acercandoselo al otro hombre.

– Aja, creo que una vez soñé con ese número. – dijo quitándose los lentes y mostrando real interés en el billete.

La sonrisa del billeteo fue más por el placer de escuchar a alguien decir dicha frase que por burla o gracia.

– Ese número se pegó la semana pasá. – dijo el hombre.

El billetero soltó una carcajada. La gracia fue tanta que por no perder el equilibrio apoyó una mano en el hombro del extraño. La otra frotaba lentamente sus ojos secando las lágrimas de risa por el ingenuo comentario.

– Cierto. Ese número se pegó. Aquí está el premio. – El hombre sacó un sobre grueso y lentamente lo colocó en uno de los bolsillos de la guayabera del billetero. Éste no detuvo el gesto del extraño, pues quedó perplejo.

El sobre entró en el bolsillo con un poco de dificultad y cuando ya estaba seguro el extraño le dio par de palmadas. Por vez primera el anciano podía ver con claridad los ojos de aquel individuo. Los labios denotaban una sonrisa burlona, pero no hacia la persona del anciano, sino hacia alguien más allá.

– Hágame un favor. – pidió el hombre.

No esperó a que él anciano asintiera, pues sabía que por lo perplejo estaba inmóvil.

– Esconda ese dinero, tómelo para usted. Luego vaya a la plaza. Debajo del flamboyán rojo hay un hombre bien vestido. Entréguele cualquier billete y dígame que esa es su parte. – El hombre comenzó a alejarse, titubeó y se detuvo – También dígame que tiene que pedir perdón por otra cosa: Honrarás a tu padre. – el hombre se dio vuelta, sacó una barra de chocolate de su bolsillo y comenzó a comérsela.

El Ciervo

1

Estiró su mano y todo lo que consiguió al cerrar su puño fue un manojito de grama. El suelo era cómodo, ninguna piedra perturbaba su espalda, pero aun así sentía dolor. Por lo que veía del cielo todavía faltaba bastante para que fuera mediodía.

La perspectiva de los árboles le era curiosa. Parecía que estaban encorvándose para mirarlo. Yacía allí herido. ¿Algún idiota le había disparado? Había escuchado un disparo antes de caer. Sentía su clavícula derecha perforada. La tibia sangre alivió un poco el frío.

Recordaba quién era, su edad y nombre. Guillermo, su nombre. ¿Para qué recordarlo? Comoquiera no le gustaba. El hecho de que pasara de padre a hijo hasta llegar a él lo molestaba. Cuando su hijo nació le puso un nombre ajeno a la familia. Rompió el ciclo.

Su mano izquierda rozó algo y los nervios reaccionaron. Recordó que sólo era su rifle. El metal estaba frío y el rocío había empapado la madera. Se preguntó cómo un idiota lo pudo haber confundido con un ciervo. Debió haber sido por su bufanda marrón. Nunca debió habérsela puesto. Salió con prisa y sabía que no debía llevarla, pero no encontró, y no quiso buscar otra. No pensó que ocurriría un accidente. Este bosque no era muy visitado y además estaban cazando fuera de temporada, lo que lo llevó a pensar que un alguacil había sido quien disparó. Prefería una multa.

Odiaba ir de caza. Lo hacía únicamente para disfrutar de la compañía de su hermano, Francisco. A diferencia de Franco, él no era muy bueno con el rifle. En su vida le había atinado a un par de ciervos y a un lobo. El lobo. Lo guardaba disecado en

el ático, ¿o aquél lo había cazado su padre? Adoraba contar la historia de cómo él salvó a su hermano de un lobo, ¿o lo había salvado su padre?

Guillo estaba en uno de los puestos en un árbol mientras su hermano revisaba si le había atinado a un venado. Su hermano se quedó paralizado al ver cómo un lobo se festejaba con la carne de la presa. El lobo alzó su rostro y en vez de agradecer el alimento lanzó una mirada de furia al invasor y se lanzó a atacarlo. Desde el puesto de vigilancia y con el rifle en mano, Guillermo actuó como Zeus y lanzó un estruendo que detuvo a la bestia abruptamente en el aire. La historia era así de simple, pero él le añadía cientos de exageraciones y pausas que acrecentaban la tensión de la historia. A veces la mejoraba, otras rayaba en lo increíble.

Comenzaba el relato desde que transitaba el camino de tierra a la cabaña de su difunto padre. Juraba que, en cierto momento, al lado de la carretera había visto al mismo lobo que luego mató. Creyendo que al ser minucioso era mejor narrador, indicaba hasta qué llevaban en la neverita. De vez en vez su hermano interrumpía para aportar detalles omitidos o redundantes. La mejor parte era cuando relataba cómo tomó el rifle, apuntó rápidamente y disparó. Ni Oswald podía compararse con él. Para aumentar la tensión mientras él lo contaba, Franco lo actuaba en cámara lenta. Esto provocaba risas en lugar de suspiros.

Una gota de agua indujo a su ojo a cerrarse. Comenzó a llover. Maldijo su suerte. Se sintió cada vez con más frío. El cielo se burlaba de él, pensó. Más allá de las copas de los árboles podía ver la masa blanca de nubes y algunos espacios vacíos rellenos por azul o por algún rayo de luz deslumbrante.

Cerró sus ojos y volteó su cara para evadir las fuertes gotas que caían. Abrió un sólo ojo y a lo lejos divisó a alguien. Gritó por ayuda, pero la figura no se movió. Franco, lo llamó, ¡ayúdame! Poco a poco la difusa figura se fue acercando. Guillo soltó el manojito de tierra y alargó su brazo clamando ayuda. El animal, una especie de venado que nunca había visto, se dignó a acercarse y bajó su cuello. Guillermo sintió cómo una suave lengua cosquilleó su palma. Él acarició el húmedo hocico.

Su antebrazo fue lamido por el exótico animal y por un momento Guillo se sintió aliviado. La lengua llegó a rozar la herida, pero parece que al animal le disgustó la sangre del humano y se apartó. Él trató de alcanzar con su brazo al animal, pero este se alejaba poco a poco hasta que se detuvo. Se va a echar a correr, Guillermo pensó, pero el animal hizo lo contrario.

El venado volvió a lamer la herida hasta el punto que el herido tuvo la confianza de acariciarle el cuello. Los ojos de Guillermo se sintieron pesados, pero su cuerpo era una hoja más sobre la grama.

2

Se sentía mejor. Se puso de pie y caminó varios pasos. Se sintió normal, aunque a veces notaba que no sentía la herida, y mucho menos su ropa. Tuvo una pesadilla, ahora estaba en su casa levantado, desnudo y su esposa en la cama, pensó. Luego lo descartó, pues el suelo se sentía más blando que cualquier alfombra que recordara. El golpeteo de la lluvia en su nariz lo trajo nuevamente al bosque. Cuando se ubicó, alzó su mirada y el trozo de cielo que vio era negro. Trató de hablar, pero no reconoció su voz ni su lenguaje.

Bostezó, no por sueño, sino para espantarlo. Le pareció graciosa la manera en que se movió, por instinto, para secarse. Siguió caminando guareciéndose de árbol en árbol y vio la luna en su máximo esplendor. A su alrededor se levantaba un espeso bosque, en el que seguramente se perdería si caminaba en la oscuridad, y aun posiblemente en la luz del día. Le pareció curioso cómo la luna se reflejaba en el suelo de más adelante y emprendió su camino.

Sus brazos se mojaron. Su mente y su cuerpo se detuvieron perplejos y cuestionando que había pasado. ¿Cómo podía mojarse los brazos si andaba de pie? Observó en las aguas el reflejo de su rostro. Se preguntó por qué este era achatado y su cuello más prolongado. Sus ojos estaban brotados, como si necesitara estar más pendiente de su alrededor. Escuchaba cada sonido, por más leve que fuera, incluso la lenta corriente del río. Se acercó más al agua hasta que su hocico la rozó. Tuvo que sacudir su cabeza. Decidió que no bebería tanto en las próximas cacerías. ¿Acaso alucinaba por culpa de la herida?

Se lanzó al agua a ver si seguía cayendo y la ensoñación se delataba. Esto no ocurrió y buscó la orilla apresuradamente, pues el frío del agua lo sorprendió y le robó la respiración. Al corroborar que lo que ocurría no era producto de alucinaciones, no se desesperó. Nadó poco a poco. Como humano le era más fácil nadar, concluyó. Cada vez sentía más sus cuatro piernas.

Para cuando salió del agua comenzaba a escampar. No estaba muy cansado, pero la sed lo molestaba un poco. Bebió hasta saciarse; por instinto vigilaba su derredor. Secó su hocico con su lengua. Faltaba poco para que amaneciera, así que buscó un lugar para apreciar su primer amanecer en esa forma. Se entretuvo la mañana corriendo cuan rápido

podía, saltando, buscando a otros de su especie y pastando. Miró al cielo y faltaban dos horas para que llegara el sol al perfecto centro.

Se encontraba pastando cuando escuchó que unas hojas secas y los esqueletos de unas ramas cedían ante un peso. Calmado, miró a todos lados. Esperó un largo lapso de tiempo para tomar su próximo bocado de grama. Escupió lo que tenía en la boca cuando escuchó el mismo ruido, pero más cerca. Corrió hacia el lado contrario a donde escuchó el sonido. Creyó haberse alejado bastante del lugar y se detuvo.

Un estruendo irrumpió justo antes de que su garganta sintiera un golpe. Perdió la perfecta coordinación de sus piernas y cayó incómodamente al suelo. Se le hacía demasiado difícil respirar, más cuando una hoja bloqueaba una de sus fosas. El sabor a sangre se avecinaba en la boca. Escuchó pasos acelerados. Trató de erguirse, pero no lo logró.

Frente a él se posaron dos personas, uno pequeño y uno mayor, en estatura y edad. Remátalo, escuchó decir al mayor. El rifle que el pequeño sostenía en sus brazos era dos pies más corto que el niño.

Era él mismo. Recordó ese día, hace más de treinta años. Su primera cacería. Trató de decir algo, pero ellos no entendían. El pequeño empuñó y apuntó el arma. El impulso del disparo llevó al niño al suelo. Su padre se rió, no en burla. Levantó a la progenie del suelo. Le sacudió el pantalón y lo abrazó.

El tiro no le había dado al ciervo herido, así que el padre levantó el rifle, recargó y se arrodilló. Le pidió al niño que se colocara frente a él. El niño quedó abrazado por el rifle y su padre. El padre apoyó el arma en su hombro y apuntó. Le pidió a su

primogénito que halara el gatillo. Esto desesperó un poco al niño. Guillermo apresuró a Junior a halar el gatillo.

En forma de reto el niño retiró sus manos del rifle y buscó alejarse de su padre. Cobarde, dijo su padre. El rifle apuntó al ciervo. Los ojos de ese ser miraron al niño pidiendo clemencia. Junior no podía quedar así ante su padre. Tomó un cuchillo en su mano y se lanzó. Con cada puñalada le pedía perdón al animal y a la vez ganaba la aprobación de su padre. El extenso cuello del animal era una coladera.

3

El sonido de ramas abandonando los árboles lo ubicó en su humano cuerpo caminando con un rumbo que desconocía, pero en el mismo bosque. Había escuchado que lo peor era perderse en un bosque, pues todo era igual y nadie podía ubicarse. Estaba igual de perdido, pero de forma distinta. Quizás el bosque se sentía de humor para jugar bromas a visitantes concurrentes. Tocó su cuello y no encontró herida alguna. Sus sentidos fueron recuperándose mientras caminaba.

Unos pasos más adelante encontró un ciervo tirado en el suelo. A lo lejos escuchó una voz familiar gritándole y haciéndole señas que incitaban a huir. Cuando el grito tomó forma audible, él volvió su mirada al ciervo, justo cuando la bestia carnívora se dirigía hacia él en un salto, mostrando toda su afilada dentadura.

The Assailant

Outside, there was nothing. Mr. Severian bet he had heard a knock on the door, but maybe the age combined with his ears were playing tricks on him. He held the door open for a few seconds. In the air lingered a silence announcing that something was about to happen.

When he was about to close the door a sink tube came into his view. He let go off the handle and, due to the scare, he fell flat on the floor. As if it was opened by a ghost, the door began to open little by little. With every inch, the shape of a big man began to take form. The big fat man held the tube in his hand, but he was not alone. Mr. Severian could see another pair of black boots behind the ones that the human-bear wore.

– Care to buy some cookies fo’ the girls scouts? – Big Man said.

– Which one is it? – Big Man asked. He had just parked the van around the corner. Now they were attentively observing the row of houses at each side of the street. Big Man held a cigar in his mouth and, more than smoking it, he was biting it and spitting afterwards.

– My source told me is the third house to the left. –

– For what I can see they got one hell of a backyard. Maybe it is buried somewhere around the house. –

Big Man drove slowly and near the sidewalk. They turned their eyes to the centennial-looking house. It was not the biggest house of the neighborhood, but for some reason it stood out from the others, maybe it was because their interest lay inside.

– Hope they keep it inside. – said the man sitting as copilot – I don't feel like digging. – He went to the back of the van, took off the shirt he was wearing and put on a plumber suit.

– I don't care where they keep it, as long as your source told ya the truth. – Big Man began to accelerate. As planned he would park in the next corner. Then all would begin.

Before Mr. Severian reacted, he was already sitting on his living room, being threatened by a knife. His wife was next to him. Her hair was not as brushed as it was always kept; it was a mess. She still held a shirt she was about to throw into the washing machine. She was panting, but Mr. Severian knew she was far from being afraid. She did not even search to hold his hand.

While Big Man threatened both with the knife, Mr. Unknown was eager to close all the windows and curtains nearby. They were both dressed as plumbers; with jumpers that were two sizes bigger than what they usually wore. Their hands were covered by latex gloves that served as a second skin. Their utility belt was full of different tools ranging from the tube to screwdrivers and pincers. They were carrying backpacks that seemed empty, and waiting to be filled.

Mr. Unknown was the total opposite from Big Man. Mr. U was skinny, but not because that was his natural body composition. His muscles seemed like they were drying. He was afraid of being recognized so he was wearing a hockey mask to cover his identity. Mr. U seemed nervous and every sound made him react like it was an explosion.

– Biggie, this is wrong. Lets get outta here. – his advise fell on empty ears and Big Man stood in front of the house owners with his intentions still unclear to the couple.

Everyone spent a long time studying the situation. Their eyes met with others and they all found out this was going to take a while.

– I think someone's at the door. – The skinny lad ran, hit his head with the door and looked through the peephole – Nothing. – He came back rubbing his forehead.

The room was lighted only by the lamp from the kitchen, ten or fifteen feet away. Almost all the light was eclipsed by the giant mass holding the knife.

Two days ago Mr. U was making his late shift looking around for a place where his credit would still be good. He had barely escaped from the rage of the Latino guy selling at the parking lot in front of Main and 10th. The bruise on his right cheek was the reminder that he needed to pay before next Tuesday.

His feet were playing soccer with an empty soda can when he realized he was in front of a 24 hour drugstore. It wasn't what he was looking for, but it surely was friendly similar. He tried to find something that would make him forget all his stupid situations, but the most attractive thing he found was caffeine pills.

He heard a voice coming from his back, but before decoding what he had heard something grabbed him from the neck of his shirt. Repeatedly, his stomach was punched and then an elbow hit him and then the punch came back. He tried to make some noise, but at that hour, the only ones in the store were around him, giving Mr. U the beating of his life.

He saw how the tiles were moving under him like a jogging machine. He didn't move a step. A door was open and he was thrown out. The breeze turned into odor. He fell on a pile of empty boxes. A big figure came close to him; before formal salutes Mr. U told him:

– Biggie, ya didn't need to do this. I got your money, but I have to look for it at my house. – His tone was confident, it also revealed he was lying.

– At your mother's house, you mean. I think I'll *pay* her a visit this weekend, to see how she's doing. –

– No need for that. – His voice was full of a rush – She's doing okay. I got your money, but I think I'll need a little help. –

A neighbor from a nearby apartment shouted at him, telling him to stop the noise. Mr. U kept knocking on the apartment's door waiting for an answer.

– Leave me alone. I have nothing you could steal. –

– I'm here to visit you. I've been clean for a few weeks. – The door opened just a little bit.

The eye that approached was full of hope. A tear was making its way through the wrinkled face.

– Don't lie to me, Edgar. – Her lips pleaded.

– I solemnly swear. Please let me in, I need some coffee. – Mr. U slightly pushed the door.

The door open and Edgar rushed in. He hugged the old lady and repeatedly kissed her forehead. She smiled a bit and patted his back while he made his way to the living room.

– Sit tightly; I'll go get you some coffee. – She smiled all the way to the kitchen.

Minutes passed and the air was filled by the woman's voice. She was telling Edgar what was going on in the neighborhood. From time to time, he replied with a casual "yes", without adding more to the conversation. He grew silent, which made the lady uncomfortable. When she came back to the living room, holding two cups of coffee, Edgar was nowhere to be seen. The VHS player was absent too.

Mr. Severian grew tired of the lingering silence. He asked the cliché question:

– What do you want? –

Big Man set his eyes for a moment on his companion, who was distracted peeping through the windows, so the weightlifter realized he would have to do the Public Relations.

– Do you trust banks? – He asked moving the knife side to side.

The couple didn't know who was meant to answer the question so they looked at each other. Mr. Severian was about to answer when he heard his wife saying:

– Yes, we surely do. –

A smile was drawn in the fat fellow's face. The skinny lad stood beside him not believing what he had heard.

– We're told ya don't. – said Mr. U a little concerned.

– Son ... – began saying Mr. Severian.

– I'm not related to you. – shouted the hockey-mask-wearer.

– Okay, okay. – said the old man to peace him out – Mr. Hockey, we are an old couple, please leave us alone. You can take anything, but we have nothing of real monetary value. – The old man pleaded, his voice was that of a grandfather.

Big Man pressed the tube on the old man's chest because he was beginning to stand up. Mrs. Severian held and pulled her husband's arm and whispered him something. Big Man warned them to knock that off by putting the knife between them. Then she took a long look at the obese assailant and, instead of frowning, she smiled.

Mr. U didn't know what to do. He was at the brink of punching one of the elders to get information. He took the screwdriver from his belt and held it like it a knife. Big Man threw a look at him to keep him calmed. Mr. U needed the money and he would not leave until he had sufficient to pay his debts. The living room was decorated with two sofas and one recliner. Between the sofa, where the house owners were seated, and the recliner, there was a mini roman style column which was supporting what seemed like a cheap copy of an oriental vase. The flowers in the vase were as fake as they could get.

Without thinking about the noise that it would make, Mr. U kicked the column and the vase fell victim to gravity. Mrs. Severian's reaction was to lift her legs in order to prevent any shrapnel from hurting her.

– Maybe it is time we start searching by ourselves. – The voice coming from behind the mask was full of anxiousness.

Big Man didn't make any gesture as to approve or reprove what his companion had done. He hid his knife and took the old lady by the arms.

– They'll help us. The old lady here is gonna show me the kitchen. –

Mrs. Severian led the way. Big Man knew the kitchen was not full of possible hiding places. He thought that the old couple would not be so stupid as to hide money near a gas stove. Mrs. Severian was going to open a drawer when she felt cold steel approaching her neck.

– Maybe that's where the knives and forks are. – Big Man said. Without taking away the knife, he opened the drawer slowly and to his surprise he was not right. Inside laid a stack of plastic bowls surrounding a tiny key.

– Follow me to the laundry. – With this she meant just to give a few steps to their left.

She reached for the top of a plastic cabinet and subtracted a black box with a tiny padlock. A tiny key for a tiny padlock, not much of a science, he thought. The woman kept her eyes on him; she lifted the box, took the key and opened it. The smile on his face was the closest thing to a thank you he would ever give. He knew in there he would not find a million bucks, but whatever it was should have some value and for now it was a good beginning without torturing anyone.

The Federal Note indicated that the amount of value the paper held was two dollars. His lips widened. He took the bill in his hand and for a moment he didn't care what the old woman was doing, all his attention was centered in the bill. The ink indicated it was from 1953 and in *God We Trust* was nowhere to be found.

– It must be fake. – He told himself.

– It isn't. – She answered. She almost took it away from him. He pulled out his wallet and camouflaged the bill with others.

– Finders keepers. – He said returning his wallet to his back pocket – What else will I find here? – the greedy man said.

– Something you will not like. –

From the living room came the sound of things being thrown to the floor, glasses shattering and a man yelling. Big Man decided to intervene before his friend committed a stupidity. When he arrived to the living room, preceded by Mrs. Severian, Big Man almost stepped a piece of glass that could have hurt him. He directed a serious and angry look at Mr. U, whom was about to throw another picture to the floor. He desisted and threw it gently to the empty recliner.

Feeling a little guilty for the mess, Mr. U swept the floor with his feet in order to make way so Mrs. Severian could sit back next to her husband.

– Did you find anything? – The skinny guy asked.

– No luck. – Biggie said looking at the couple.

– I found a safe behind a picture ... – he pointed to his back – but he wouldn't tell me the code. – Mr. Unknown looked like a boy accusing his brother in front of his father.

– I'll take care of that. – Big Man held the old man's hand and with his free hand he grabbed a pincer from his belt. Before the threat of pain was done the house owner said:

– The code is 6, 7, 6, 7, 6, 7. –

– Thank you. – The sarcasm came from behind the plastic mask. Mr. U pressed the numbers into the keyboard and after a beep the safe opened itself.

Now Big Man's expectations were pretty high. There could be a lot of money safeguarded there, enough to enjoy a great long weekend. He decided that if the green

stuff appeared, he would begin phase two of his own plan. His plans were undone when his eyes witnessed the insides of the safe. A ring lay on top of a pile of letters.

Mr. U's disillusionment was not able to translate into words. He took the letters and threw them to Mrs. Severians' face. He looked back into the safe, took the ring and without looking at it put it in his pocket.

A growl came from Big Man and before anyone could stop him, he grabbed the old man by the neck, raised him up and began to choke him. Mr. Severian couldn't speak and his eyes were turning red. The steroid-filled fingers of the man interrupted the air from flowing. The lady stood up, but the hockey-mask-wearer imprisoned her in his arms. Some tears coming from her eyes wet the shoulder of the assailant.

– Abe. – whimpered the old lady.

Mr. U could not see what was happening to the old man, but he surely heard when his partner freed the neck and the body fell to the floor. Was the old guy dead? They have messed things up if the old man had expired. Mr. U's legs began to crash down, but the sound of someone grasping for air gave him a little comfort. He hugged the old lady and led her back to the sofa where he sat beside her.

Biggie kicked Abe Severian a few times before picking him up. Now face to face, the eldest stood in front of his assailant with his mouth full of blood. For a second, Big Man thought he saw the man smiling.

Mr. U felt shivers running uncontrollably through his body. He felt the sweet caress of a wrinkled hand and remembered what happened two days ago.

Edgar crossed the street so his mother could not see him. He had already wasted the money he got from the VHS player. He hid his face with a newspaper he took from a garbage can and stood against a nearby wall. His old lady, the only person still there for him, she was carrying a bag full of groceries. Her face was covered by the weight of the bag and of having brought up two kids: one a lawyer, the other a lawbreaker. He threw the newspaper away. Edgar knew his mother has already seen him. He looked into his pocket and he only had fifteen dollars. He thought about crossing the street and paying back some of his debt.

He ran towards her but could not catch her. She began to walk faster when he got near her. Edgar tried to grab her by the shoulder, but she forced him to let her go. Edgar followed her closely for two blocks; he even got into a fight with a guy who almost ran over her in an intersection.

– Mom! – He shouted when his lungs could walk no more – I’m sorry. I ... I ... don’t want to be like this! – He was panting.

His mom stopped walking and turned around. She left the bag on the floor and walked to him. She gave him a hug and kissed him on the cheek.

– Do you really want to change, baby? – She smiled while looking at him.

Mr. U’s face was sweating through every pore. He couldn’t stand the heat more so he took off the hockey mask. Edgar felt like he could breathe better now.

Someone hit him in the head and brought him back to reality. He was sitting on a sofa next to a not so frightened woman. Big Man had hit him. The bear was standing in

front of him holding an old man by the arm. All Edgar could see around him was a whole lot of mistakes and none of them amendable.

– I'm taking the old dog upstairs. Watch the bitch. I won't walk out of here with nothing. –

– You will not walk out of here. – The old man said with more courage than strength.

– Lead the way, grandpa. – Mr. Severian flew through the living room till he fell to the floor near the stairs. The old man stood up before his captor got to kick him again.

– Follow me. – There was something in Mr. Severian's voice that felt younger or livelier than the age his skin represented.

The soon-to-be widow and victim was quietly sitting next to Edgar on the sofa. She was not crying out loud or desperate; she was calmed, though shaking a little, or maybe shaken by Edgar. He was afraid to look at other place that was not the floor. The floor was decorated by glass, shrapnels of a vase, and letters. His eyes rested on a letter that seemed open. Mr. U stretched his arm and took it. What was written on that worn out piece of paper puzzled and intrigued him.

He felt the eyes of the lady on him and it made him want to puke. He desired to get out of there.

– Edgar, why have you done this? – The voice was familiar and in it a trace of tears was nowhere to be found.

– I ... need the money. – He said not realizing his name had been mentioned by a total stranger. He took the letter out of the envelope and lay eyes on it.

– No one needs money. People want things, and most of the time money is the only way of getting them. Your mother told you about us and our money didn't her? –

Edgar was reading the letter he held.

Abe Severian went up the stairs one by one; the assailant was not rushing him. The second floor of the house seemed darker. There seemed to be two bedrooms and a bathroom. The only light came from windows in the bedrooms and it was being blocked by curtains.

– Where to now? –

Before he ended the question Big Man noticed that to his left there was a tall metal door. It seemed like the door of an elevator, or maybe a safe. He lightly pushed the old man towards it. Abe didn't move. Biggie pushed him a little harder, but the old man remained still. He grew tired of forcing the old man to move. He went by himself to check the discovery. He would kill to know what was behind that metal door; in fact he was going to.

After Edgar finished reading the letter, he hid his face between his legs. His hands were shaking. He needed money or at least the cure that Washington, Lincoln, Hamilton or any other president ought to buy him. His hands felt as cold as if he had held the body of a deceased.

– Your mother told you about us and our money, didn't she, Edgar? –

She was playing with him. The lady wanted him to crack, to find a weak spot that she could mine, but he was not going to let her do it. He didn't need her help to find the

money, if there was in fact some around. After killing the old couple, he and his friend (or the closest thing to one) would have the whole time in the world to search for the hidden treasure.

– Your friend will not leave my husband or me alive and, judging from his aspects, he is greedy. – She kept trying to mess with his head. He was growing tired of listening.

– So, there is some money around. –

– Your mother told you about us and our money, didn't she, Edgar? –

She had. Days after encountering her in the street and telling her he wanted to change, he was knocking again at her door. Each knock was harder than the last one. He was begging her to let him in. Edgar knew she was looking through the peep hole while crying, resisting as much as she could. He was screaming, crying, and shouting. He needed a cup of coffee; he needed to sit down beside her and remember the better times. She could help him, just a few dollars to buy some breakfast the next morning. He just needed a few bucks to spend the week. He was going to find a job. Everything was going to change. He would give her the world. Edgar promised to take her away from that lousy apartment and buy her a house; all he asked in return was to let him in.

The door opened. Edgar felt the smell of hot chocolate. He sat in the kitchen next to her. She began to speak about some of the families she cleaned their house for. Edgar promised she would not have to work again; things were going to change.

Her eyes knew everything was going to remain as it was.

– There is this old couple who live in Gracehills; the Severians. Mr. Severian's father lost everything in the *Depression*. Because of that, they don't trust in banks. The couple keeps all their money, quite a lot I might say, hidden somewhere in their house. –

– I think I know them. Where did you say they live? – Edgar disguised his smile with the cup.

The metal door didn't seem to be hollow. Big Man hit it with his forearm and it didn't even make a sound. How thick was it? The thief checked the frame to see if there was something odd about it. Everything was odd. A god-knows-how-heavy metal door in the second floor of a house made mainly of wood. How can it stand? Who installed it?

Big Man hit again. This time he hurt his elbow. He cursed and looked at Abe who was hidden in the shadows.

– Give me a hand, open it. –

The old man came a bit closer, but still remained in the shadows.

– C'mon, do you have the key? –

Abe walked slowly towards him.

– You have the two dollar bill. You didn't harm my wife, did you? –

– What? –

– In the kitchen. You didn't harm her. – Big Man gave a step back, but found himself against the cold door – She's not quite like me. – Abe's voice sounded young and full of anger.

Through the twilight Big Man could see that the house owner's walking was more straightened up and his fists were tightly closed.

Big took his knife out, but before he knew it, the old man had taken it. His neck felt the grasp of a strong hand. He fought for air. Before falling into unconsciousness, he saw old Mr. Severian's unwrinkled face. The old man's face came near him until it was next to his ear.

– Sorry, but there is no redemption for you. –

– What do you need the money for, Edgar? –

– None of your business, Madame. –

Upstairs, something fell to the floor and the thunderous sound made Edgar stood in a jump. The woman was calmly seated.

– I've know your mother since she was eight. She has been a lovely lady all her life. – Her gaze was nowhere near his eyes. While looking at her he sat down again.

Her face was shinning and a little smile was drawn on her face. She looked motherly at the skinny kid and threw an arm around him. Something did not felt right inside of him. Gently, she retired her arm.

– So, you know my mother since you were eight. – His voice was trembling a bit. He felt uncomfortable with the topic at hand, but he preferred it to the eternity of silence.

– I know your mother since she was eight. I was seventy-five at that time. – A constant smile was set on her lips.

Edgar thought his ears were playing tricks on him. He rewound his mind's tape and heard her answer once and again. Confusion arrived to his head and it would not

leave until something made him find a comprehensible explanation to what he had heard. He hated math, but if he had heard right and did the sum correctly, the woman sitting beside him was over the hundred years, and barely seemed to have sixty.

Someone was coming from upstairs.

– Your mother loves you very much, Edgar. – Both of them stood up – She asked for our help, we're her last resort. This is your last resort. We told her what to say to you. She loves you like you will never understand. –

– Or maybe you will understand, but in a few weeks. – Coming from the stairs lifting a enormous bloody body, was Mr. Severian. His eyes were white, his mouth was a red mess and his teeth were long and sharp. He threw the body in front of Edgar. He bowed his head and found that Big Man's arm was creeping on his left leg and in his face Edgar could see that the bastard was still gasping for air.

Edgar couldn't move. All he could come up with was to say his prayers. The creeping on his leg ceased and he appreciated that his fellow criminal was now inexistent.

Mrs. Severian took Edgar away. The way to the stairs, and the stairs themselves were bathed by the dark dense blood of the recently departed. He tried not to step on the sticky fluid, but it was inevitable. He was being guided towards a metal door. He bowed his head and expected the worse. He was intensely afraid of death; he only hoped it would come in a more decent way than how it befell his fellow.

The door slid and judging from the light that could shine inside, the place was tight. Without asking, Edgar knew he had to get in. The door closed behind him. Pitch dark. The room began to move, downwards. He was descending. To where, he did not know. Now the letter he had read was making sense.

Dear Redeemers,

I am eternally grateful for all that you have done for me. Mrs. Bethlehem Severian, you have become the mother I never had. Your teachings, Mr. Abraham, have helped me to wisely face and deal with my new life.

I know how modest you are; you always say that you are only vessels, but again I want to thank you. Now I fully understand why Abe once said that: "Dante went first through Hell in order to get to Heaven."

He couldn't recall who had signed it. Edgar began to cry. The mental picture of his mother crying alone in the kitchen after telling him to go to the Severians' house was created in his mind. Tough love. The tears didn't let him laugh at his luck. He crawled into a corner and felt the thing descending faster every second. Edgar constantly hit his knees to calm himself down. What was going to happen to him? He stood up and began to rub his arms. His muscles and his stomach ached. His veins were desperate; he needed his treatment, his medicine. His leg felt like burning and when he checked his pocket he found the ring that was inside the safe.

He had seen that ring before. It was his mother's wedding ring; the only thing he could have never stole from her. She treasured it with her life since her husband died.

Why would her give it away? What was more important to her than the memory of her beloved husband? The ring was melting in his hand. He let it slip off his hand.

Loud guttural sounds began to fill his ears. It was becoming hard to breath. All he could do was to cough. He punched the door; it was freezing. He touched it again and his hand almost stuck to it. Edgar could not stop coughing. The air was dusty and it burned his lungs every time he inhaled. He fell on his knees with his arms open and his head dancing from side to side.

The door opened and an incandescent red light partially blinded Edgar. He crawled out of the elevator and the door closed instantly behind him. Slowly, Edgar stood up.

Por Su Bien

1

Sabía que las plantas de sus pies sangraban, pero la necesidad de escapar la impulsaba. Con cada paso se hundía en una mezcla de hojarasca y lodo y bajo eso le esperaba una puntiaguda roca para causar más estragos en su pie. Perdía el balance, pero antes de visitar el suelo lo recuperaba. No era tarde pero los altos pinos y árboles bloqueaban la luz del sol. Dirigió su mirada a los cielos y no vio cuando una raíz se interpuso en su camino.

Esperaba que el suelo fuera como almohada, pero el tronar del hueso de su nariz le mostró que se había equivocado. Saboreaba el fango, que, poco a poco ocupaba su nariz. Por tener sus manos atadas a su espalda no tenía con que apoyarse y levantarse. Logró alzar un poco la cabeza y exclamó un quejido a gran voz. Anheló que un eco contestara su grito, pero nada escuchó. Agitó su cabeza para ver si podía liberar sus ojos del lodo que la cegaba. Lágrimas y constantes pestañeos aclararon gradualmente su vista.

Xavier limpió la sangre de su frente con su guante. Por un segundo que se descuidó, ella forcejeó de tal manera que el rostro de Xavier quebró el cristal del conductor y el retrovisor. Con un pie, ella peleó por el guía y con el otro peleó por el acelerador. Logró que se desviarán de la carretera e impactaron un árbol. Pequeños pedazos del parabrisas estaban incrustados en la frente del hombre y regados por su abrigo. Él tardó unos momentos en volver en sí. Al ver que ella ya no estaba en el auto, se bajó y la buscó.

Sabía que no podía ir lejos. La vio adelante luchando por correr y por un momento pensó perseguirla y lanzarla al suelo. Desistió, ya que entre más lejos de la carretera, mejor sería. No sabía si llamarle carretera o camino. Quedaba un leve rastro de brea, pues la tierra había recuperado la mayoría de la vía. Bostezó antes de buscar un arma que estaba bajo el asiento del conductor. Dejó la puerta del auto abierta y buscó por donde andaba la futura fenecida.

Miró y al no verla, pensó que ella había logrado escapar, pero sonrió cuando escuchó un grito y la vio tirada en el suelo. Debía terminar esto pronto. Los tragos amargos se pasan rápido. No podía detenerse a pensar, algo podría salir mal y dañar su plan. El viento soplaba un poco más fuerte de lo común, pero él, gracias a su abrigo y a los guantes que cubrían sus manos, no sentía el frío.

Yolanda logró virarse y ya no estaba comiendo fango. No pesaba tanto, por lo que supuso que el dolor en los brazos no era por estar acostada encima de ellos, sino porque quizá estaban dislocados o peor. Escuchó chapoteos y el *slurp* que producían unas botas al hundirse y salir del barro. Trató de calmarse, pero el no poder respirar bien la desesperó. Intentó levantarse, y al ver que era inútil comenzó a arrastrarse de espaldas. Encontró unas raíces y las siguió hasta que llegó al tronco del árbol. Luego de varios intentos, obstruidos por la alfombra de hojas amarillas y marrones, logró erguirse.

Cuando Xavier vio la admirable y maltratada figura de ella apoyándose en el árbol respiró profundo. Careció por un segundo de valor y se recordó porque estaba llevando eso a cabo. En la melena de ella residían hojas, fango, hierba y más fango. Yolanda parecía haber trabajado en un jardín durante un mes sin darse un baño. Xavier colocó la pequeña pistola en un bolsillo de su abrigo y despacio se dirigió hacia ella.

2

Yolanda afincó sus pies y dándole una última mirada al hombre se volteó y corrió lo más rápido que pudo.

Xavier tosió varias veces, ya que el aire se estaba tornando denso. Él miró hacia atrás y vio cómo su plan corría a la perfección y sonrió. Sabía que lo que se propuso realizar era por el bien de ella. Al volver su mirada vio que ella se había alejado demasiado, miró al suelo y buscó una rama gruesa o una piedra. Justo a su derecha encontró lo que buscaba.

El impacto la desplomó al instante. Pensó que había sido una bala, pero no había escuchado su estruendo. Yolanda cayó de dientes y cuando trató de levantarse sintió que algo presionaba su cráneo contra el lodo.

Mantuvo su bota sobre la cabeza de ella hasta que temió haberla matado. Retiró su pie y de patadas la viró. En el instante en que dejó de escupir fango ella gritó de enojo. Su furia no la dejaba caer en la desesperación de las quejas y el llanto. Xavier no la odiaba, sólo la despreciaba. Hacía esto por el bien de ambos. Dentro de un par de minutos él mejoraría la vida de ella.

Lo miró por un largo rato. Debía estar soñando. ¿Por qué estaba sufriendo todo esto? No le había hecho ningún daño, que ella supiera. Xavier se inclinó un poco y ella pudo verle los rojos ojos.

– Levántate. – Dijo él inclinado y sacando la pistola de su bolsillo. No le apuntó a ella, sino que la recostó en un muslo.

Ella le reclamó con la mirada.

– Vírate. Yo te levanto. ¡Vírate! – Su paciencia no era mucha a esa hora del día.

Cerró bien sus labios y trató de voltearse, él la ayudó con una patada. De vuelta encarando el fango sintió cómo él la sujetó agresivamente por el pelo y la puso de rodillas. Cerró sus ojos lo más que pudo y esperó la muerte. Sintió un poco de cosquillas cuando él la sostuvo por su axila para ponerla en pie.

Para dejarle saber que las cosquillas no eran intencionales le haló el pelo.

– Camina. – Le ordenó.

Ella caminó todo el tiempo mirando el suelo.

Él no le estaba apuntando. Su mirada recorría el bosque en busca del sitio más factible para realizar lo que se había propuesto. Ella tuvo un desliz y él la detuvo. Por el bien de ella, a quien amaba, tenía que hacerlo.

– Aquí. –

Yolanda siguió caminando. Sus ojos estaban a punto de estallar. La presión con la que salían las lágrimas la lastimaba. Trató de contenerlas. No quería darle el placer a Xavier de verla llorar, pero su garganta le dolía demasiado. Se resignó y se detuvo cuando escuchó que el arma se cargó. Sin pensarlo se volteó y lo encaró. Por años un conocido, ahora un completo extraño. No reconocía nada en él. Los ojos de Xavier parecían perdidos, pero alertas a la vez.

Xavier evitó mirarla. No esperaba que ella se volteara. Él no se lo había pedido, pero en parte ella estaba actuando acorde al plan. Se acercó pausadamente a ella y más por provocarla que por disparar, presionó el cañón del arma en la enfangada frente de la mujer.

Yolanda estaba decidida a no mostrar temor. Si se iba de este mundo se iba con valor. Infló su pecho y por lo que vio en el rostro del verdugo éste notó el cambio en ella.

Maldito hombre. Hace cinco años decidió que el único hombre en su vida iba a ser su ya difunto padre. Enseñó su dentadura tal como perra rabiosa. Sus ojos se llenaron de lágrimas hirviendo de odio. Exhalaba antes de terminar de inhalar. Dio un paso hacia adelante. El cañón no retrocedió. La presión en su frente comenzó a provocarle un dolor que invadió toda su cabeza. Él sonrió.

Xavier la apretó por el hombro derecho y la giró. Él sacó un cuchillo de su bolsillo y comenzó a cortar la sogá que ataba las muñecas de ella. Esperó hasta que guardó el cuchillo para dejarle saber que era libre.

Al instante en el que sintió sus muñecas libres comenzó a frotarlas para que la sangre volviera a circular. Esto no le dio esperanzas de salir viva. Estiró un poco sus brazos y los entrecruzó para mitigar un poco el frío, aunque se sentía algo cálido en el ambiente. Pensó preguntarle el por qué de todo esto, pero se imaginaba que era por ella. Yolanda sentía que sus rodillas no la iban a sostener por mucho tiempo. No sabía si era porque su nariz estaba rota, pero su olfato le indicó que había humo cerca.

Se congeló cuando sintió el frío del metal en su sien. A su siniestra pudo ver al agresor. Trató de ingeniar algo para atacarlo, pero se resignó.

3

Lentamente, mientras le apuntaba, tomó la mano de la mujer y la fue acercando al arma de fuego. La muñeca de Yolanda estaba lacerada, y de la mujer provinieron varios quejidos.

Ella soltó una risa de desconcierto y asombro al darse cuenta que ella empuñaba el arma. Ella misma se estaba apuntando.

– Escúchame bien. – dijo Xavier desde algún punto no visible – Tienes el arma en tu mano, dispárala. –

Ella rió de nervios por un rato, al ver que no podía deducir lo que estaba ocurriendo. Dejó de reír cuando él apareció frente a ella y la apretó fuertemente por el mentón. Le mostró un cuchillo de forma tal que el filo de éste quedó a milímetros de su ojo. Esta vez ella no podía dar un paso hacia delante para mostrar su coraje.

– Puede ser más doloroso. –

Yolanda no veía bien la expresión facial de él ya que sus ojos no podían enfocarse más allá del filo del cuchillo. Afincó bien sus piernas, apretó el mango del revolver lo más fuerte que pudo, cerró sus ojos y decidió que hacer. Prefería perder un ojo a perder la vida. Se dejó caer hacia atrás y antes de perder el balance por completo abrió sus ojos, tomó el arma en ambas manos, apuntó a Xavier y disparó.

Ambos cuerpos se desplomaron al suelo, pero ella fue la única en levantarse antes de que el eco del disparo se disipara. Xavier yacía boca abajo con su brazo extendido. Ella buscó en cada bolsillo del difunto hasta que encontró las llaves del auto.

Al levantarse se sintió desorientada. No sabía hacia dónde ir. Caminó haciendo círculos para ver si divisaba el automóvil. El aire pesado la hacía toser. No estaba lloviendo, pero se podían ver nubes negras muy bajas. A lo lejos pudo ver como decenas de hojas caían de un árbol. Las hojas amarillentas y rojizas parecían flotar en el aire sin caer al suelo. Yolanda contempló ese paisaje, hasta que se preocupó. Las hojas no caían del árbol. Estas despegaban del suelo y flotaban hasta unirse a las nubes negras. El humo la hizo toser.

El Hombre que lo Dijo Todo...

“When they kick out your front door
How you gonna come?
With your hands on your head
Or on the trigger of your gun

When the law break in
How you gonna go?
Shot down on the pavement
Or waiting in death row”

– “Guns of Brixton”, The Clash

– Llega este tipo frente a la barra y le dice al bartender: “Dame un whiskey doble que el de atrás paga.” Así sigue toda la noche: “Dame un whiskey doble que el de atrás paga.” El bartender le sigue sirviendo. El tipo ya lleva como siete tragos cuando dice: “Dame uno más y el de atrás te paga.” El bartender le sirve y el tipo se lo bebe de un cantazo. El bartender le dice: “Paga.” En esas el tipo se baja los pantalones se pone en cuatro, mira al bartender y le dice: “Cobra.” –

La única audiencia para su *stand-up* lo fue el bartender frente a él.

– Eso me acuerda a otro chiste. – Dijo el bartender – Está este maricón que es cajero y llega esta otra loca con lo que va a comprar y le dice: “Cobra.” Y la cajero loca responde: “Víbora.” – El bartender se echó a reír sólo.

– Acho mano, cállate y sírveme otro que el de atrás paga. – los dos comenzaron a reírse.

Al recibir el trago, Héctor lo alzó como para brindar. Antes de terminar pidió el próximo. Con el último trago la garganta le estaba tomándole gusto al licor. Buscó un cigarrillo, pero maldijo el no poder fumarlo junto a la barra como *Lord Johnny Walker*

manda. Se distrajo observando el televisor en lo alto de la barra. La luz tenue del lugar hacía que el televisor resplandeciera de manera sobrenatural.

Las noticias hablaban sobre el hallazgo de un auto quemado. El cuerpo de lo que se presumía era una mujer fue encontrado en el baúl. Cerca del auto se encontraron los cuerpos de otra mujer y un hombre. La televisión proyectó la entrevista a unas feministas protestando sobre la violencia hacia la mujer.

– Mano, rápido culpan al hombre. Sabrá Dios si lo hizo la mujer o que jodienda le hicieron al tipo pa' que hiciera eso. – el bartender lo escuchó, pero no reaccionó ante el comentario.

Los reporteros siguieron cubriendo la noticia desde tantos puntos de vista que Héctor perdió interés. Comenzó a mirar alrededor; no había muchas personas. Dispersas por varias mesas, la mayoría buscaba estar a solas.

Para matar el aburrimiento, comenzó a tararear el *jingle* del anuncio en la TV. Esperó hasta que Joey, el cantinero, estuviera distraído y encendió un cigarrillo. Tomó una larga bocanada y sostuvo la nicotina dentro de sí por largo rato. Escondió el cigarrillo detrás de la barra y cada vez que Joey se distraía Héctor fumaba un poco más. Casi terminando el cigarrillo Joey se percató del olor e indagó. Héctor se sintió un poco culpable y se delató él mismo. El bartender le indicó que tenía que apagarlo.

– Sorry, no sabía. – mejor pedir perdón que pedir permiso, pensó. La nicotina lo calmó un poco – Sírveme otro, la última la paga el diablo. –

– Creo que acaba de llegar a quién esperas. – disimulando Joey señaló a la entrada y sin descaro alguno Héctor rotó su silla para poder ver. Héctor estaba ebrio y no le importaba quién lo supiera.

Un hombre bajito, ancho y bien vestido caminaba hacia la barra. En una mano llevaba un maletín de piel. Héctor sacudió el asiento de adjunto y lo señaló para que el chaparro supiera dónde sentarse.

-- Me tarde un poco porque... --

-- Te estabas cogiendo a alguien u otra cosa, no me importa. Me diste tiempo pa' socializar conmigo. -- al enano le dio un poco de trabajo treparse al asiento -- Joey, dame un ratito de privacidad. -- el cantinero se alejó de la barra sin reproches. Se llevó un paño para limpiar las mesas que permanecían vacías.

-- Me tarde por qué averigüé algo a última hora bastante interesante. -- Chapo, aún incómodo en su asiento, dio varios saltitos para acomodarse -- ¿Cuanto llevas aquí? -- preguntó el enano.

-- Desperté aquí, Chapo --

El aliento de Héctor mareó un poco a su compañero.

Chapo colocó el maletín sobre la húmeda barra y luego de correr los números en el cerrojo, lo abrió. Sacó un portafolio del organizado maletín. Héctor se lo arrancó de las manos.

-- ¿Qué tenemos? -- lentamente Héctor leyó cada hoja; de vez en vez tomaba un trago para mejorar su lectura.

Cuando Héctor llegó a la última página, Chapo colocó su índice sobre el papel y le dijo:

-- Lee bien esto. Creo que las cosas van a cambiar. -- la vista de Héctor se agudizó y captó cada palabra escrita -- ¿Ya te lo memorizaste todo? --

– Sip. – cerró el portafolio y lo devolvió al legítimo dueño – ¿Sabes que me pasó el otro día? – comenzó a relatar y sin esperar respuesta de su vecino prosiguió – Entro a ese baño y voy al urinal. Al lado se me para este tipo. Yo sigo meando tranquilo, pero de momento siento esta mirada penetrante y, ¡noto que el tipo me esta ligando! Me viro y le digo: “¿Qué pasa? ¿Lo conoces?” El tipo se vira y dice: “No,”; me lo agarra y lo agita: “pero mucho gusto.” – La risa de Héctor se quedó con el lugar – Chapo, tu siempre tienes cara de funeral –

Su amigo dio un leve golpe en la barra, pero no atrajo la atención de Héctor. Golpeó nuevamente y en esta ocasión la mayoría de los presentes lo miraron.

– Claro que siempre voy a tener esta cara, tengo que estar preparado para el mío.
– Chapo miró hacia todos lados arrepintiéndose del volumen que había usado.

Héctor no lo miró, se estiró por encima de la barra hasta que logró alcanzar la botella que buscaba. Mientras se servía dirigió su mirada al enano histérico y le sonrió.

– Ay Chapo, fue lo que escogimos. – Héctor apartó el vaso de sí y acostó su cabeza en la barra – Pagan bien, pero te ganas más enemistades que trabajando de *beautician*. –

– Sabes que vas a decir, ¿verdad? – Héctor asintió con el dedo índice – ¿A qué hora te vas a reunir con ella? –

– ¿Qué hora es? – Héctor levantó su rostro y miró el reloj al lado del televisor – Se supone que hace una hora. – antes de que Chapo le recriminara la tardanza Héctor refutó – No me culpes, tu te tardaste. No iba a ir con las manos vacías. Y ahora voy bien informado. –

– ¿Dónde es que ustedes se encuentran? –

– En la barra de un hotel. Lo bueno de ser informante es que te pagan lo que consumes. –

Chapo disimuladamente se lanzó del asiento, tomó su maletín y luego de saludar a Héctor, tomó el vaso que estaba servido y se tragó el licor. Actuaba despreocupado, pero dentro de sí su mente estaba vigilante. Miraba directo a los ojos de cada persona en cada mesa.

– Licenciado Pedro Gutiérrez – llamó Héctor. Chapo se viró y esperó – Váyase para un motel y despéjese. –

– Créame, que eso voy a hacer. –

– Vigila por encima del hombro. – murmuró Héctor.

... y la Mujer que lo Escuchó

Héctor no llegó a entrar a la barra de hotel, en sí no llegó ni al vestíbulo. Cuando dejó su auto en el estacionamiento una mujer se le acercó, le dijo que llegara en cinco minutos al cuarto 423 y que allí lo esperaba. La mujer siguió su camino hacia los elevadores. Héctor se detuvo y sin disimulo alguno estudió el trasero de Verónica. Le estuvo curioso el cambio del sitio de reunión, pero no pensó mucho en ello, en parte se lo esperaba.

Cinco minutos, no era mucho tiempo, pero ¿qué haría mientras tanto? Repasó la información que daría. Sus investigaciones eran bien remuneradas por los jefes de ella, así que tenía que mantener la calidad del trabajo. Nunca traía papeles consigo, era despistado y si lo hacía sabía que los perdería. Además su cerebro había desarrollado la

habilidad de almacenar información no importando cuantas neuronas estuviera asesinando el licor.

Se dirigió al ascensor y allí la encontró.

— Son lentos con co... — Verónica llevaba puestos unos lentes oscuros. El traje negro de una pieza se entallaba a su ancha, pero curva cintura y se escotaba levemente entre las carnosas piernas. Lamentablemente para él, el traje carecía de escote en el busto — Amén. — exclamó cuando vio abrirse las puertas de uno de los elevadores.

— Dios bendiga su creación — exclamó Héctor cuando ella pasó frente a él.

Eran los únicos pasajeros en el elevador. Esto no incomodó a Héctor, ya que dentro de minutos serían los únicos huéspedes del cuarto 423. Se reunía con ella desde hace varios años. Aunque ella llevaba gafas, Héctor sabía dónde posaba su mirada. En esos momentos los ojos de ella bailaban entre por qué piso iban y la cámara de seguridad.

Héctor se sentía desgastado. Su sudor olía a alcohol. Esperaba no apestar, aunque dentro de sí se resignaba a oler mal. Deseaba una ligadita esta noche, la necesitaba. Pasó su mano por su cara y la retiró cuando escuchó el pitido de la puerta al abrirse.

Verónica se adelantó y Héctor la siguió no tan de cerca. Cerca del cuarto, ella sacó la tarjeta, la introdujo, entró al cuarto y dejó la puerta abierta. Héctor disimulando, miró a todos lados antes de entrar y cerrar la puerta tras de sí.

El papel tapiz que cubría las paredes hacía que el cuarto se viera más iluminado de lo que estaba. Héctor no vio a Verónica cerca, por lo que recorrió el amplio cuarto. Al aproximarse al baño, Héctor notó la melena casi alborotada de Verónica.

– ¿Podrías bajarme la cremallera? – pidió ella dándole la espalda y recogiendo el pelo en lo alto de su cabeza.

– Con razón querías reunirte en el cuarto – Héctor entró al baño.

Solamente vistiendo su pantalón desabotonado, Héctor arrastró una silla y se sentó frente a la puerta de cristal que daba al balcón. Buscó en sus bolsillos y sacó la cajetilla de cigarrillos y el encendedor. Colocó uno en su boca y lo encendió.

– Deja esa madre, que te va a matar. – Verónica estaba acostada cubierta por la sábana. Héctor vio el reflejo de la mujer agotada en el cristal.

– Ustedes permiten que se vendan peores cosas en la calle. Además, mi hijo no fumaba y murió a los doce. – hundió su cuerpo en el espaldar de la silla y exhaló el humo.

Por el cristal presenció cuando la desnuda mujer se levantó y buscó su ropa en el baño.

– Dime, ¿qué tienes para mí? – Verónica, casi vestida, se sentó en la esquina de la cama más próxima a él.

Héctor se mantuvo silencioso por varias bocanadas más y luego dijo:

– Creo que ya te lo di. ¿Quieres repetir? A mi se me apetece. –

Ella se tornó seria. Héctor recopiló los datos nuevamente y se preparó para informar.

– Apunta. – dijo – Ayudé a deshacernos de pares que daban problemas. No tienen que pagarme por esos. Comoquiera, tenía ganas de desaparecerlos. – dijo con indiferencia en su voz – ¿Que pasa con los chamaquitos? Se creen que ya pueden

gobernar. Los que van subiendo son un chorro de locos, no los dejen que se trepen. La televisión y *Scarface* los han afectado demasiado. –

– ¿Esos fueron los del caserío? Sabemos que fuiste tú. ¿Puedes decirme algo que no sepa? –

Héctor asintió con la cabeza. El matar no era uno de sus pasatiempos favoritos, pero era necesario que él mismo se encargara de cada ejecución. Recordó la suciedad debajo de los puentes, la oscuridad de las quebradas, el plástico en los baúles y la peste del salitre.

– Últimamente hay muchos problemas. – continuó – Está bien difícil pa' comprar a los de arriba. Los otros días casi me cogen, merezco un aumento. *My ass is always on the line.* –

Héctor se levantó, tiró la colilla al cenicero y se dirigió al *mini-bar*. Tomó la primera botellita que alcanzó, la abrió y limpió el humo en su boca con el licor.

– ¿Nunca bebes agua? –

– No, tiene muchos gérmenes. – dijo entre un buche y otro – Además, mi hijo no bebía y lo mataron a los doce. –

Dos botellitas después, Héctor volvió a su asiento. Admiró por unos momentos el reflejo de Verónica en el cristal y notó algo en el maduro, pero delicado rostro que lo incomodó.

– ¿Puedes informarme algo que no sepa? Por algo te pago. –

– A pues bien. Bueno. Vamos a ver si sabes esto. – Héctor se levantó y giró la silla. La acercó a la cama y mientras se sentaba se acercó con lujuria a Verónica. Ella no

retrocedió. Él le acercó sus labios tanteando un beso, pero ella se mantuvo estática. Héctor se sentó y alzó sus piernas a la cama.

– Los azules saben de los cargamentos que van a entrar el miércoles por el sur. Si los queremos tranquilos, creo que hay que sacrificarlos. Por si no entiendes: ¡Tenemos que dejar que los intervengan! – Héctor se levantó y se arrojó de espaldas a la cama, bostezó por largo rato y esperó una reacción de Verónica. – ¿A que no sabías eso? – Verónica permaneció callada.

Ella se levantó de la cama, buscó una botellita y comenzó a beber.

– Bébete dos que las vas a necesitar. ¿O quieres que te pida algo? – dijo Héctor levantando el auricular del teléfono. – ¿Tu nuevo infiltrado en la policía no te dijo eso? No es tan bueno entonces. –

Héctor se levantó y buscó por el cuarto sus piezas de ropa. Las tiró todas a la cama.

– ¿Qué haces? – Verónica estaba de brazos cruzados.

– ¿Qué crees? Me voy. – Héctor ató las cuerdas de sus zapatos.

– Quédate – rogó ella en voz baja.

– No quiero, Vivian, – ella lo miró alarmada – alias Verónica. Así de bueno soy. – dijo con ego – ¿O no te acuerdas de todo lo que investigué para ti? No te preocupes, sólo lo sabemos Chapo y yo. – Su camisa era una colección de arrugas. Él se acercó un poco a ella.

– Matamos al abogado. –

– ¿A Chapo? –

Sus rostros se encontraron y la mirada de él la atacó.

– Estaba metido en varias cosas sin la aprobación de nosotros. – dijo Vivian.

– ¿Qué hay de mí? ¿Me *retiran* esta noche o tengo que cuidarme por dónde ande?

– Vivian alzó su mano para acariciar la cara de Héctor – O te enviaron pa' encargarte de mí. – Héctor agarró la muñeca de ella y controlándola se dio varias bofetadas. Los cuerpos se acercaron hasta la colisión.

– Quédate. Tengo la habitación por el fin de semana. – Vivian acercó sus labios a los del informante – Nunca les hablé de ti. – se besaron de manera fría – Sólo sabían del abogado. Tú eres mi anónimo. – dijo ella entre beso y beso – ¿Los policías saben de mí?

–

Él la tomó por las manos y la fue acercando a la cama. Ambos se acostaron. Reposaron entre la desarreglada cama. Héctor recogió el cabello de Vivian y le besó la parte de atrás del cuello y la aprisionó en sus brazos. Acarició el vientre de la mujer. Varias lágrimas brotaron Vivian cuando él le acarició las suaves muñecas. Héctor siguió besándola hasta llegar cerca de su oído, dónde le murmuró:

– Tienes derecho a guardar silencio ... –

Adrián Baron

Allí se encontraba. Postrado, anonadado, sacando sus propias conclusiones del por qué, el cuándo y el cómo. Sólo o acompañado por la soledad. Ahí yacía un cuerpo, el cual él habitaba, ¿o alquilaba? Se encontraba al lado de la cama y a varios pasos del gavetero, en la misma esquina en la que despertaba todas las mañanas.

Solía acostarse puntualmente a las once y treinta de la noche y sin saber como, siempre despertaba a las seis de la mañana, sin la ayuda de un despertador. La luz del alba bañaba su cuarto.

¿Qué tenía en su mano? ¿De quién era esa foto? ¿A quién representaba?

Adrián elevó su mirada al techo, segundos después miró la foto y la rasgó. Se levantó de la esquina y prendió su antigua radio. Música de *Bobby Darin* inundó la habitación. Tarareó mientras se acostaba en la cama.

Parpadeó y se encontró sentado en la cama, parpadeó y estaba arrodillado en la esquina. Cerró sus ojos y al abrirlos se encontró en la ducha acariciado por el agua, la cual templó. Enjuagó su boca con el agua. Bajó su cabeza, cerró sus ojos y apoyando sus dos manos contra la pared dejó que la cálida agua lo despertara.

Al salir de la ducha fue al lavamanos. Limpió el espejo y se cepilló los dientes. Acarició su barbilla y mejillas. Se afeitó, aunque no lo necesitaba. En su oficio siempre debía andar bien acicalado.

Se vistió de traje, no muy formal, pero elegante, lo justo para distinguirse entre la multitud. Odiaba las corbatas, por lo que su cuello andaba desnudo. Salió de su habitación y pasó por su oficina. Torres de papeles se balanceaban sobre un amplio

escritorio de caoba. El lustre del escritorio lo hacía lucir nuevo, aunque acompañaba a Adrián desde hace décadas.

Al ir y no encontrar nada en la alacena, recordó que era costumbre suya hacer todas las comidas afuera. Bien pudiera usar la alacena de librero o anaquel, de todos modos no sabía cocinar. Tomó las llaves del auto y fue al garaje. Al abrirse, la puerta de la cochera develó el vecindario en el que había vivido desde que recordaba.

Saludó a varios vecinos que a esa hora de la mañana salían a recoger el periódico. Todos recibían las noticias en la alfombra de su hogar excepto Adrián. Él juraba que se había suscrito, pero el repartidor nunca dejaba una copia en su casa. Quizá algún día lo investigaría.

Transitó por las calles de la ciudad, cada una le traía recuerdos no muy agradables. Pasó la intersección en dónde encontraron, hace varios años, el cuerpo de un bebé recién nacido en un zafacón. Ese caso lo había resuelto en el anonimato, un poco al estilo vigilante. También le había ahorrado al gobierno el tener que encarcelar al culpable. El hombre que secuestró al bebé de su novia y luego lo arrojó a ese zafacón, apareció muerto en un callejón. Deuda de drogas, reportó la policía.

Se detuvo en una panadería en la que una vez resolvió un doble asesinato. Siempre recordaba que cuando llegó a la escena del crimen, tuvo que regañar a varios oficiales ya que estaban comiéndose algunas donas que bien pudieran servir de evidencia. En sí, el caso se resolvió porque encontraron la huella dactilar de uno de los gatilleros impresa en azúcar de polvo encima del mostrador. Se reía cada vez que rememoraba ese caso.

Compró una caja de donas, un café grande y el periódico. Abordó nuevamente su vehículo. Su vista se distrajo en la farmacia que quedaba junto a la panadería. Sostuvo la llave en su mano, pensando si encendía el vehículo. Bajó del auto y entró a la farmacia. No demoró mucho. Salió con una bolsa de papel, la cual arrugó y moldeó alrededor del objeto que había comprado. Guardó la bolsa en un bolsillo de su gabán.

Aceleró y se encaminó a su oficina.

Se estacionó en su lugar reservado: *Adrián Baron D. P.* Balanceaba todo lo que compró en sus manos, y si no llega a ser por su secretaria no hubiera podido abrir la puerta de la oficina. Ella mantuvo la puerta abierta para que él pudiera entrar.

Su secretaria fue su primera clienta. Sospechaba que su esposo le era infiel. La investigación que condujo el entonces joven Baron resultó en que sí, el marido le era infiel, pero no con otra mujer, tampoco con un hombre. Grotesco, Baron no guardó un archivo de ese caso. Ella se divorció varios meses después. En ocasiones Adrián pensaba que el universo conspiraba para brindarle los casos más extraños.

Adrián dejó las donas en el escritorio de su secretaria. De camino a su oficina Andrés, su compañero, le arrancó el periódico de las manos y se lo llevó.

– ¡De nada! – dijo Adrián un poco molesto – Desde que te conozco no he podido leer el periódico. –

– No te pierdes de mucho, créeme. – respondió Andrés entrando a su oficina – Además, tienes un magneto para que las mejores historias lleguen a ti. –

Baron tomó uno de los dulces, su café y se encerró en su oficina a desayunar. Hace varios días que no tenía un caso, ni siquiera una consulta para la policía. Buscó el

expediente del último que había resuelto. Lo estudió por entretener su mente en algo y se entretuvo ideando otras formas de haberlo solucionado.

Con varios papeles arrugados jugó baloncesto con su zafacón y en esas fue descubierto por su secretaria cuando ella tocó y abrió la puerta.

– Adrián, alguien quiere verte. – informó la secretaria.

– ¿Tiene cita? – preguntó escondiendo su improvisado juguete.

– No. – la sensualidad de la voz arrestó la atención de Baron.

Las piernas de la dama clamaban ser adoradas por cualquier débil de corazón. El traje blanco entallaba su figura escultural y un cinturón negro alrededor de la cintura denotaba su esbeltez. Adrián, no supo si de forma disimulada, estudió el resto de la Venus frente a él. Llevaba puesta una pamelita del mismo color del traje. Cuando se dispuso a por fin mirarla a los ojos, Baron notó los lentes oscuros que ella llevaba puestos. Adrián volvió en sí.

– ¿En qué puedo servirle? – él se levantó, caminó hacia ella y la condujo a un asiento frente al escritorio. La secretaria volvió a sus labores – Dígame – Adrián se sentó en la esquina del escritorio más próxima a ella.

La mujer comenzó a llorar desconsolada. Las lágrimas que corrían de sus ojos eran incontrolables. Adrián buscó en su escritorio un pañuelo limpio y se lo ofreció. Ella se quitó el sombrero y poco a poco fue retirando las gafas, descubriendo sus amoratados ojos. Una de las lágrimas era roja. Baron se alarmó, pero no lo demostró. Ella se levantó y se echó a los pies del detective. Él la levantó delicadamente y le preguntó:

– ¿Qué le ha sucedido? –

– Por favor, ayúdeme. – dijo ella ahogada en llanto.

– En su condición debió ir a la policía y no venir a mí. –

– El que me hizo esto controla a la policía. –

Baron necesitaba sentarse por lo que volvió a su lugar habitual. Su acojinada silla le calmó un poco la tensión. Se interesó en la situación de la mujer. Un oprimido en busca de ayuda. La especialidad de Adrián.

Su compañero tocó la puerta, pero Adrián le indicó que estaba ocupado. Este volvió a tocar con insistencia. Baron supo que no se iba a ir. Se paró, abrió la puerta y antes de poder resistirse su grueso y robusto compañero lo haló y cerró la puerta.

– No tomes ese caso. – le advirtió.

– ¿Qué? –

– No es lo que parece. – Andrés apretó el brazo de su compañero – Si sabes lo que es bueno para ti, rehúsa tomar ese caso. – Baron se sintió molesto con la amenaza.

Jamás en sus carreras habían tenido un encuentro así. Sin equivocarse, Adrián apostaba que ese era el primer desacuerdo en el tiempo que llevaban compartiendo oficina.

– Esa mujer no es lo que aparenta y esos moretones se los ganó. – Andrés arregló su abundante bigote.

Adrián no creía lo que su compañero había dicho.

– Tranquilo. Llevo bastantes años en el negocio. No soy un ex marine como tú, pero me sé cuidar. – Baron se soltó del agarre de su compañero y fue a su oficina.

La mujer parecía haberlo escuchado todo, pero en su rostro no reflejó una respuesta hacia los comentarios de Andrés. Adrián cerró la puerta con seguro, se allegó a ella y le preguntó al oído:

– ¿Cómo te llamas? –

– Isabel. –

– ¿Quién te hizo esto? Debo conocerlo si controla a la policía. – Baron caminó y se reclinó de nuevo en su asiento.

– Dudo que lo conozcas. – Isabel volvió a cubrir sus ojos con las gafas – Vine aquí porque lo único que quiero es que alguien me acompañe a retirar varias de mis pertenencias de la casa. Él siempre está allí y temo ir sola. –

– Entonces lo que necesita es un guardaespaldas, no a un detective. – argumentó Adrián.

– Pues buscaré a uno, gracias. – Isabel se levantó del asiento, pero la mano del detective la detuvo. Sus miradas se encontraron; Adrián vio que ella no era dama de fiar, justamente su tipo de mujer.

– Espéreme en el estacionamiento. – Adrián fue a la puerta y caballerosamente la abrió. La sonrisa de la mujer disfrazaba algo que Baron no podía deducir. Cerró la puerta tras ella.

Adrián fue a un pequeño baño que estaba escondido en una esquina de su oficina y lavó su cara. Sentía un calor corriendo por su cuerpo y quería disiparlo antes de salir a una nueva aventura. Buscó en su escritorio y sacó su revolver. Lo enfundó en su cinturón y lo cubrió con su gabán. Secó por última vez su rostro, verificó su peinado y salió de su oficina.

Andrés no intentó detenerlo, pero se mantuvo cortándole el paso por varios segundos. Adrián esquivó la mirada de advertencia que provenía del bigotudo. Su

compañero se hizo a un lado, Adrián levantó su vista y continuó hacia la puerta. Su secretaria lo llamó, pero Adrián la ignoró.

Baron abrió la puerta del pasajero y ayudó a Isabel a montarse. Él miró a todos lados antes de abordar el vehículo y encenderlo. Antes de arrancar vio a su compañero en la puerta de la oficina. La mirada de advertencia no cesaba. Sin mirar atrás Adrián aceleró y se alejó de su oficina.

Debían ser menos de las 11:00 a.m., pero ya el día se notaba agotado. Las nubes oscurecían el sol de vez en cuando y alguna que otra gota caía en el parabrisas del auto. Isabel trató de convencerlo de matar un poco de tiempo en un restaurante. Según ella era demasiado temprano para buscar sus cosas. Adrián se negó, no quería mezclar trabajo con placer, aún no. Irían por las cosas y resolverían el problema lo más antes posible. Baron encendió la radio de su auto, *Dream Lover* era la canción que se escuchaba.

– Después de ir a casa de mi ex, necesito dónde alojarme. Podemos ir a tu casa. – exclamó ella buscando la atención del detective.

Adrián mantuvo su rostro frío y fijo en la carretera.

– Creo que estas acostumbrada a sitios más esplendorosos. Mi casa te parecería muy... simple. De seguro conoces algún lujoso hotel. – Baron sólo respondió por seguirle el juego.

– ¿Tienes una cama? – Isabel se inclinó al detective. Al ver que Baron afirmó, ella respondió – Eso todo lo que necesito. – él soltó una sonrisa leve – De seguro tienes un sofá dónde *tu* puedas dormir. –

Adrián conducía según las direcciones de Isabel. Ella sacó un pequeño frasco de su bolso y tomó varios sorbos. Le ofreció al detective, pero este no le hizo caso.

Doblaron en una intersección y salieron de la vía principal. Luego de varios segundos comenzaron a aparecer residencias en el horizonte.

Las casas iban adquiriendo más características. En la calle anterior ya tenían jardines exteriores, en la próxima se añadían puertas y ventanas de cristal; en la próxima ya se veían piscinas y las casas cubrían más terreno. Adrián miró a la mujer a su lado y pensó, el dinero no te da la felicidad... las cosas que compras sí.

Adrián había tenido casos por esos lares. Uno de ellos lo había herido, no físicamente. Aún se apenaba por haberse enamorado de una niña rica malcriada, que terminó haciendo películas pornográficas y luego terminó muerta bajo un puente. Andrés lo ayudó a esclarecer ese caso.

Recordó también a una actriz que se había vuelto loca y había asesinado a su amante, cuyo cadáver fue encontrado flotando en la piscina. Para arrestarla tuvieron que hacer creerle que filmaban una épica *hollywoodense*.

Adrián casi se detiene en la última casa a mano derecha, pero Isabel le indicó que continuara. De seguro el camino seguía, pero no se veía ninguna casa próxima. La carretera estaba bien pavimentada, por lo que Baron no se sentía en un lugar peligroso, ni perdido.

A ambos lados de la carretera un espeso bosque delimitaba la vista y la luz del sol. Baron se sintió un poco a oscuras. Al fin, la calle terminaba frente al portón de una mansión blanca, de bordes dorados y de varios pisos. Parecía el injerto entre una residencia y un edificio de gobierno o tribunal. Él se bajó del vehículo sin apagarlo.

Isabel permaneció dentro del auto. Baron dejó su puerta abierta y se acercó al portón. Ninguna cadena o candado impedía que él lo abriera, pero de cualquier manera

titubeó. La casa no parecía abandonada, pero el portón aparentaba no haber sido abierto en buen tiempo. El portón se querelló cuando Adrián lo empujó. Sintió un poco de frío y colocó sus manos en los bolsillos de su chaqueta. Palpó lo que había comprado en la farmacia, lo dejó en su bolsillo. Regresó al auto e Isabel le sonrió, pero escondió el significado de la sonrisa detrás de sus gafas.

– ¿Entramos? – preguntó la dama.

– No tardes tanto. – advirtió el detective.

Condujo siguiendo el redondel que llevaba a la entrada de la mansión. Estacionó frente a las escalinatas que conducían a las puertas. Baron le abrió la puerta a Isabel. Ella caminó sin esperarlo. Antes de que Baron subiera, la puerta ya estaba abierta. Un hombre vestido de etiqueta y lazo sostenía la puerta abierta, pero no permitía que Isabel entrara.

– Te dije que es mejor que te marches. – le dijo el empleado a Isabel.

– ¡Me va a escuchar! – gritó la mujer empujando al hombre – ¡Las cosas van a cambiar! –

Adrián entró y saludó al portero fríamente. La casa lucía de ensueño. Isabel caminaba de lado a lado reuniendo y cargando posesiones que seguramente no eran de ella. Adrián la dejó. Iba a cobrar de lo que ella se llevara, y si el dueño de ese castillo la había agredido de tal forma, él se merecía quedar en quiebra. Caminó hasta el pie de una escalera en mármol. En cada esquina de los primeros escalones habían pequeños floreros adornados con orquídeas floreciendo. Al terminar las escaleras habían un vitral, más que tener una escena, el vitral era abstracto. Los colores de los cristales jugaban con los rayos de sol que entraban. Esto le daba a la residencia cierto aire creativo. Miró al techo donde

colgaba una lámpara que bien costaba más que la suma de todo lo que Baron poseía. Se perdió admirando la obra de arte colgante.

– Necesito que me sigas. – Isabel estaba a su lado, al pie de la escalera – Mis otras cosas están allá arriba. --

Escondió sus manos en los bolsillos y esperó hasta que ella comenzó a caminar. Luego de subir varios escalones Baron escuchó que alguien lo llamó. Al tornarse vio a Andrés entrando a la casa y saludando al mayordomo.

– Te dije que no tomaras este caso. – le dijo su robusto y bigotudo amigo. Andrés fumaba un grueso puro el cuál no separaba de su boca, incluso cuando hablaba. Caminó hacia la escalera, pero se detuvo a distancia.

Adrián retrocedió varios escalones. Notaba algo extraño en la personalidad de su compañero. En su rostro se apreciaba una amenaza y un ultimátum. Andrés llamó mujerzuela a Isabel y la amenazó a ella también. Baron subió varios escalones y su compañero desenfundó su arma.

– Detente pichón, si no quieres probar la escopeta. – el cigarro provocaba que la voz de Andrés fuera más gruesa. A lo lejos se escucharon los acelerados pasos del mayordomo buscando resguardo – Si subes un escalón más te desinflató un pulmón. –

– Acaso voy a descubrir algo oculto sobre ti. ¿Por qué tanto miedo? –

– Digamos que eres impredecible. – declaró Andrés haciendo gestos con sus manos – ¿Sabes lo que tu error podría causar? – su compañero enjuiciaba a Isabel.

Al ver que el revólver apuntaba a la mujer, Adrián buscó el suyo en su cinturón y apuntó al suelo. Adrián bajó las escaleras mientras seguía apuntando. Su compañero de tantas décadas seguía concentrando su arma en la mujer. Al llegar al pie de la escalera,

Adrián se colocó en una esquina cerca de las orquídeas. Guardó su arma y levantó sus manos.

Todavía con el puro en la boca, Andrés sonrió y bajó su arma. Tanteó en que lugar de su cinturón guardaba su arma. Adrián aprovechó esto, tomó un florero, saltó y golpeó a Andrés con él. Ambos cayeron. Adrián cayó acostado sobre el robusto hombre. Baron le limpió la cara y veló por que siguiera respirando.

– No debiste despertar mi curiosidad; soy detective antes que amigo. – dijo mientras se levantaba.

Isabel lo esperaba en el segundo piso. Adrián subió sacudiendo su saco. Los colores del vitral se confundían con la figura de la mujer. Ella le sonrió, sus ojos ya no mostraban ningún rastro de golpes. Isabel señalo a su derecha. Adrián vio una puerta de color marrón oscuro un poco abierta.

– Entra. – pidió Isabel. Por complacerla, y creyendo que ella lo seguía, Adrián caminó hacia la puerta.

La empujó poco a poco. La habitación le resultaba familiar. Un gavetero cerca de la cama. Una radio antigua sobre una mesita. Acercó su dedo y encendió la radio. Música de *Bobby Darin* se escuchó por toda la habitación. El cuarto no tenía ventanas y tampoco veía alguna lámpara. La única iluminación eran unos tragaluces en el alto techo. Fue entonces que se dio cuenta que estaba solo.

Varias puertas, todas un poco abiertas se distribuían equitativamente por las paredes de la habitación. Dejándose llevar por lo familiar que le resultaba el sitio, Adrián abrió lentamente la puerta que quizás daría a la oficina. Torres de papeles se balanceaban

sobre un escritorio de caoba. Lo único que no reconocía en la habitación era un par de libreros junto a una chimenea, que estaba encendida.

Se acercó y palpó los lomos de cada libro. Algunos parecían de colección con sus títulos grabados en sus lomos con letras resplandecientes, otros eran más casuales y unos parecían tener portadas hechas de papel. Estos últimos le interesaron más. Trató de palparlos, pero no pudo. Intentó tomar uno en sus manos, pero parecían estar tan apiñados que no dejaban que Baron tomara uno en particular. Esos libros, de apariencia común, tenían sus respectivos lomos, pero pareciera que todos formaban parte de un solo grueso libro.

Leyó los títulos y le trajeron memorias. *La Damisela Bajo el Puente, La Actriz de Boulevard City, Rosquillas y Masacres, La Justicia del Vigilante*. Eran alrededor de quince los títulos que conformaban aquel extenso libro. Cada uno disparaba recuerdos a la mente de Adrián Baron. Todos llevaban la firma de un desconocido, Jack Ross.

Tomó uno de los libros de colección y al abrir sus páginas vio que todas estaban en blanco. Así pasaba con cada libro que tomaba y abría. Fue al escritorio y encontró que no podía leer ninguno de los papeles. Ellos tenían las manchas de tinta, pero a sus ojos sólo eran manchas, nada coherente.

El tiempo parecía no existir en los cuarto. Para cuando volvió a la habitación las manecillas del reloj no habían avanzado. Encontró una de las puertas más abierta que las demás y la silueta de Isabel acababa de entrar a la misma. Adrián sacó su arma y caminó apuntando hacia el frente.

Al entrar a la habitación encontró otro escritorio. Este estaba posicionado en una esquina. Lo único sobre este lo era una máquina de escribir que estaba recibiendo los

golpes de los dedos de un hombre. Isabel abrazaba al hombre y parecía dictarle algo al oído. Cada vez que Isabel dejaba de susurrarle él dejaba de escribir. Solamente volvía a escribir cuando ella comenzaba a hablar.

Unos espejuelos de pasta hacían lucir al hombre mayor. Llevaba puesta una camisa púrpura, color que predominaba en la habitación.

– ¿Quién es él? – preguntó Adrián.

– Quien crees. –

– ¿Por qué me trajiste aquí? – Adrián no bajaba su arma.

– Adrián Baron te presento a Jack Ross. El hombre que nos ha dado vida eterna.

–

Adrián empuñó el arma cada vez más fuerte. Pensar que sus actos y decisiones no eran propias lo incomodó. El simple hecho de que todas sus amarguras, tristezas y sus pocas alegrías estaban controladas por el golpeteo egoísta de unas teclas lo inundaron de enojo.

– Si quieres puedes hablar con él no temas. – Isabel se acercó y ayudó a que el detective bajara y guardara el arma.

Un penoso silencio fue lo único que quedó al Isabel marcharse. La sinfonía del golpeteo del teclado entretuvo a Adrián y a la vez lo incomodó. Estaba como a tres metros de Ross. No se atrevía a acercarse más.

Adrián salió del cuarto. Caminó hacia la escalera y fue bajando lentamente cada escalón. ¿Qué haría ahora que lo sabía todo?

Abajo lo esperaba Isabel. Baron se detuvo y guardó sus manos en sus bolsillos. Palpó nuevamente la bolsa de lo que compró en la farmacia. Sacó la bolsa y su

contenido, un marco de fotografía. La foto de muestra presentaba a un niño sonriente jugando con su perro. Adrián recordó su ficticia infancia, no recordaba haberla vivido, pero las memorias estaban ahí. Baron sacó la foto y botó el marco y la bolsa.

Adrián sonreía; buscó algo en su cinturón y lo apretó junto a la foto. Isabel intentó acercarse a él, pero se sintió inmóvil. Perpleja vio cómo una lágrima brotaba de cada ojo de Adrián. La lágrimas se tornaron en sangre. El detective ya no sonreía.

Empujó la puerta y entró a la habitación. Encontró a Jack sentado en la cama, este luego se paró. Baron le apuntó con el arma. No sabía si lo veía o lo escuchaba. Poco le importaba a Adrián. En ese momento decidió que demostraría que cada acción era suya.

– No puedo ser Príncipe de todo y Rey de nada. – afirmó Adrián Baron mientras su dedo cometía la injuria de apretar el gatillo.

El escritor cayó al suelo de espaldas. En su pecho se veía el impacto. Cada vez más sangre del escritor cubría la alfombra. El creador balbuceaba en el suelo. Adrián se sintió agotado. Sintió una pesadez en sus piernas y las fuerzas le faltaron en sus manos. Llegó hasta una esquina de la cama. El revólver cayó al suelo antes que él. Postrado de rodillas, Baron sacó la foto y observó cada detalle de esta. Trató de rasgarla, pero las fuerzas le faltaron.

Y allí se encontraba. Postrado, anonadado, sacando sus propias conclusiones del por qué, el cuándo y el cómo. Sólo o acompañado por la soledad, si es que esta existe en su mundo.

Referencias

- Bioy Casares, Adolfo. La Invención de Morel. Madrid: Alianza Editorial, 1985.
- Blade Runner. Dir. Ridley Scott. Perf. Harrison Ford, Rutger Hauer, Sean Young, and Edward James Olmos. 1982. DVD. Warner Brothers Pictures, 1997.
- Brick. Dir. Rian Johnson. Perf. Joseph Gordon-Levitt, Nora Zehetner, Lukas Haas. 2005. DVD. Focus/Universal, 2006.
- Boileau-Narjeac. La novela policial. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1968.
- Borges, Jorge Luis. "El cuento policial". Borges, oral. Lecturas de la Universidad de Belgrano. Buenos Aires: Emecé, 1982. 65-80.
- Cawelti, John G. "Detecting the Detective". ANQ; Summer 1999; 12, 3. Pages 44 – 55.
- Chandler, Raymond. The Big Sleep. Vintage Crime/Black Lizard Edition. New York: Random House, 1992.
- Curet, José. Crimen en la calle Tetuán. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1996.
- Echavarría, Arturo. Como el aire de abril. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1994.
- Freeland, Nataalka. '*One of an infinite series of mistakes*': *Mystery, influence, and Edgar Allan Poe*. ATQ; June 1996, 10, 2, p 123, 17 p
- García Márquez, Gabriel. Crónica de una muerte anunciada. Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1981.
- Gardner, John. The Art of Fiction. New York: Random House Inc., 1991.
- Hammett, Dashiell. The Maltese Falcon, Vintage Crime/Black Lizard Edition. New York: Random House, 1992.

- Links, Robin W. Ed. Detective Fiction. A Collection of Critical Essays. New Jersey: Prentice Hall Inc., 1980.
- López Coll, Lucía. (Ed.) Variaciones en negro: relatos policiales iberoamericanos. San Juan: Editorial Plaza Mayor, 2003.
- Lugo Filippi, Carmen. Los cuentistas y el cuento: Encuesta entre cultivadores del género. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1991.
- Matos Cintrón, Wilfredo. El cerro de los buitres. San Juan: Ediciones La Sierra, 1984.
- , El cuerpo bajo el puente. San Juan: Ediciones La Sierra, 1989.
- Mean Streets. Dir. Martin Scorsese. Perf. Robert De Niro, Harvey Keitel. 1973. DVD. Warner Brothers Pictures, 2004.
- Most, Glenn W., Stowe William W. Ed. The Poetics of Murder. Detective Fiction and Literary Theory. San Diego, New York, London: Harcourt Brace Jovanovich Publishers, 1983.
- Mueller, Lavonne, Reynolds, Jerry D. Creative Writing: Forms and Techniques. Lincolnwood: National Textbook Company, 1994.
- Padura Fuentes, Leonardo. Adiós, Hemingway. Bogotá: Editorial Norma, 2005.
- Poe, Edgar Allan. "The Murders in Rue Morgue", "The Mystery of Marie Rogêt", "The Purloined Letter" and "Thou Art the Man". Edgar Allan Poe Complete Tales & Poems. New Jersey: Castle Books, 2002.
- Quiroga, Horacio. Cuentos de amor de locura y de muerte. Buenos Aires: Editorial Losada S.A., 2000.
- Rosado, José A. (Ed). El rostro y la máscara: Antología alterna de cuentistas

- puertorriqueños contemporáneos. San Juan: Isla Negra, Universidad de Puerto Rico, 1994
- Simpson, Amelia S. Detective Fiction from Latin America. Rutherford: Fairleigh Dickinson University Press, 1990.
- Third Man, The. Dir. Carol Reed. Perf. Joseph Cotten, Orson Welles. 1949. DVD. Alpha Video, 2002.
- Todorov, Tzvetan. "The Typology of Detective Fiction". The Poetics of Prose. Nueva York: Cornell University Press, 1977.
- Vega, Ana Lydia. Pasión de Historia y Otras Historias de Pasión. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1987.

